

La influencia de Marx y Nietzsche en el socialismo del joven Mussolini*

Ernst Nolte

I

Es bien sabido que Mussolini solía decir de sí mismo que era alumno de Nietzsche.¹ Pero lo que no se conoce tanto (por lo menos en Alemania) es que, en un momento dado, consideró a Karl Marx «nuestro maestro inmortal»². Y hasta hoy queda sin resolver la cuestión de cómo conciliar —si es que se puede— con las acciones y con el pensamiento del joven Mussolini la influencia ejercida por dos pensadores aparentemente tan opuestos.

De hecho, hasta hace bien poco apenas era posible plantear tal cuestión. Las partes opuestas tenían un interés común: minimizar o relegar a un segundo plano cargado de misterio la importancia del papel que Mussolini había jugado en el partido socialista de Italia hasta su paso al Intervencionismo. En 1932, haciendo una retrospectiva autobiográfica, Mussolini sólo recuerda de un modo vago aquellos tiempos en los que «yo era 'alguien' en el movimiento socialista de Italia»³. Y, consecuentemente, en la primera edición de sus obras completas no dedicó ni una línea a los primeros quince años de su actividad como político y escritor.⁴ Con la misma vaguedad aparece mencionado Mussolini en el tomo XVII de la edición alemana de *Lenin*, que contiene dos breves frases de éste sobre la «traición» de Mussolini; en las notas se le cita como el antiguo «redactor» del *Avanti*. Ninguna de estas menciones hace la más mínima justicia a lo trascendente de la posición de Mussolini —el director de este órgano central ocupaba una de las posiciones claves más importantes en el Partido Socialista Italiano.

Así se puede comprender muy bien que la literatura fascista fuera capaz de trazar una imagen distorsionada e incompleta sobre la época socialista de Mussolini. La obra con mucho más completa (la biografía de tres tomos escrita por

* «Marx und Nietzsche in Sozialismus des jungen Mussolini», *Historische Zeitschrift*, nº 191-2, octubre de 1960.

¹ La tesis doctoral de Gerhard Marohn; *Benito Mussolini und Friedrich Nietzsche* (Universidad de Erlangen, 1937) no trata la etapa juvenil de Mussolini.

² *Opera Omnia*, VI, 228.

³ *Vita di Arnaldo*, Milán, 1932 (p.43).

⁴ *Scritti e discorsi di Benito Mussolini*, Edición definitiva, Ulrico Hoepli, Milán, 1933 (13 tomos).

Ivon de Begnac) no es más que pseudopoesía y poesía cortesana llena de fantasía sobre un fondo documental meritorio, si bien presentado de un modo tan aleatorio como parcial.⁵ Y aún así se la puede considerar como científicamente provechosa, si se la compara con los himnos de la biografía oficial escrita por Margherita Sarfatti.⁶

Los recuerdos de los colaboradores de Mussolini por aquella época en la dirección del Partido Socialista Italiano están tan influidos por la indignación que provocó su «traición», que difícilmente se puede esperar de ellos una descripción y valoración que sopesen con justicia su trayectoria.⁷

Un joven historiador americano de origen italiano, Gaudens Megaro, fue quien consiguió, bajo difícilísimas condiciones, arrojar luz sobre la penumbra creada por sentimientos e intereses tan poderosos. En 1938 publicó un libro sobre la evolución de Mussolini durante su juventud, que sigue siendo hoy considerado como una obra estándar (lamentablemente sólo llega hasta el congreso de Reggio Emilia en 1912).⁸ Pero, dadas las circunstancias, para Megaro se trataba de trazar en primer lugar un cuadro de conjunto e investigar conexiones de hecho. La cuestión en torno a cómo conciliar las influencias de Marx y Nietzsche la menciona sólo de pasada.⁹

⁵ A continuación, un fragmento extraído del tercer tomo de De Begnac, acompañado del texto de Mussolini al que se refiere; este ejemplo ayudará a comprender la difícil relación que mantienen los autores fascistas con la etapa socialista del «Duce». (Ivon de Begnac: *Vita di Benito Mussolini*, Mondadori, Milán, Tomo I: *Alla scuola della rivoluzione antica*, 1936; Tomo II: *La strada verso il popolo*, 1937; Tomo III: *Tempo di attesa*, 1940). De Begnac, III, p. 244: «Oh, sí, nuestra gente atravesó todos los mares, arribó a todas las orillas, pobló todas las costas, construyó puertos; pero fueron nuestros emigrantes, fueron nuestros trabajadores quienes salieron del país y se enfrentaron a lo desconocido a bordo de barcos que no eran los nuestros. Barcos en cuyo suelo el agua salada alcanzaba medio pie. Son otros los barcos que necesitamos: barcos de guerra (*navi veloci*), de acero, bien equipados. Barcos de guerra para el Mediterráneo, para compensar la petulancia austriaca, inglesa y francesa. En la lucha internacional de los nuevos armamentos navales, y en una mañana de mitad de marzo, cuando florecen los primeros almendros, a los oídos de Mussolini llega un grito lleno de miedo y advertencia: '¡barcos, barcos, barcos!'. Recuerda a aquel grito que, lanzado por uno de sus compatriotas, le llega a Renato Serra al final de un ensayo crítico-literario: '¡Italia, Italia!'. Mussolini: «¡Barcos, barcos, barcos!» (*Avanti*, 13 de marzo de 1913, *Opera Omnia* V, 129-132): «El Parlamento italiano ha dado con la fórmula que asegurará el futuro y el bienestar del país. La encontró ayer, cuando aplaudía jubilosamente a su *Commodore*, el diputado Di Palma, quien anunciaba en tono solemne que Italia sólo necesitaba tres cosas: barcos, barcos, barcos... [esta discusión es documentada de un modo maravilloso]... qué curiosos reproches llegan a lanzarse para justificar esos decorados causantes de tan enorme caída... Y cuántas amargas confesiones salen a la luz. Recordad el estandarte enarbolado por el nacionalismo más inteligente al comienzo de la magnífica heroicidad libia: la conquista de la costa al otro lado del mar es imprescindible para la defensa de Italia porque Sicilia no puede defenderse con barcos de guerra; cada marcha militar nos ahorra la construcción de otra flota en el Mediterráneo... Ahora bien, el ex-ministro Arlotto afirmaba ayer en el Parlamento italiano que necesitamos una gran flota... para vigilar los 1400 kilómetros de costa libia que se ocuparon con la intención, a su vez, de vigilar la costa siciliana: la guardia que vigila la guardia, etc. Pero seguramente la discusión en la Cámara acabará por abrir los ojos de todos. Hoy se piden '¡barcos, barcos, barcos!'; mañana se pedirán batallones y artillería. Y la Italia oficial nos arrastrará a todos hacia una ruina inevitable».

⁶ Margherita G. Sarfatti: *Dux*, Milán, 1926. Compárese también: Antonio Beltramelli: *L'Unomo Nuovo. Benito Mussolini*, Milán, 1923. Francesco Bonavita (defensor de Mussolini en el proceso de Forlì): *Mussolini svelato*, Milán, 1924. Obras posteriores a la guerra: Giorgio Pini-Edoardo Susmel: *Benito Mussolini. L'uomo e l'opera*, 4 tomos, Florencia, 1953.

⁷ Cf. Angelica Balabanoff: *Wesen und Werdegang des italienischen Faschismus*, Viena, Leipzig, 1931. Angelica Balabanoff: *Ricordi di una socialista*, Roma, 1946.

⁸ Gaudens Megaro: *Mussolini in the making*, Boston, 1938. Edición italiana: *Mussolini, dal mito alla realtà*, Milán, 1947.

⁹ Cf. p. 139: «However inviting it may be to speculate at length about the possible affinities between Nietzsche and Mussolini the revolutionary socialist —this would lead us too far astray at this point— we shall limit ourselves to a few observations».

Habría que esperar a 1951 para encontrar una obra que recoja también tales planteamientos; se trata de la publicación iniciada a partir de ese año por la editorial La Fenice (Florenia), que abarca una edición completa de 35 tomos.¹⁰ En los seis primeros contiene la variopinta obra periodística de Mussolini¹¹ al completo, abarcando hasta los preludios de la formación del *Popolo d'Italia* y su expulsión del Partido Socialista.

El planteamiento, aun con límites, no debería aspirar tan sólo a un interés histórico, sino también a uno de actualidad. Bien es cierto que Mussolini muere en 1945; tan desbordante fue el interés que despertó en vida y que le llevó a resplandecer, como profundo el olvido que lo relegó a la sombra tras su muerte. Sin embargo, concepto y objeto del «fascismo»¹² ya llevan mucho tiempo desligados de su artífice y de su apariencia original. Científicamente no queda aún nada claro si cabría englobar bajo el término genérico de «fascismo» una serie de fenómenos políticos de carácter bien diferente. Pero este uso lingüístico se ha impuesto en la actual discusión política, y puede que ello no sólo se deba a la utilidad y aplicabilidad de dicho término como instrumento de lucha. También las interpretaciones más habituales y generales se siguen moviendo aún hoy en la línea de decisiones y valoraciones políticas antiguas. Precisamente las más importantes –las interpretaciones del fascismo como «totalitarismo» y como «forma extrema del capitalismo de monopolio»– se hicieron ya desde muy pronto y, de todo punto, en torno a Mussolini.¹³ Así pues, tan importante es replantearse la cuestión sobre la esencia del fascismo como imposible dejar al margen la figura de Mussolini al hacerlo. El fascismo como concepto se va a determinar de una u

¹⁰ *Opera Omnia di Benito Mussolini*, al cuidado de Edoardo y de Duilio Susmel, La Fenice, Florenia 1951. (Desde ahora se citará esta obra sin especificación).

¹¹ Esta totalidad, dadas las circunstancias, no puede ser absoluta. Pero es sorprendente que no incluya un ataque especialmente vehemente contra el militarismo (exhortación a la desertión), ni una invectiva personal de una extraordinaria malicia contra el joven rey, sí citados por Megaro (Megaro, *op. cit.*, pp. 81 y 90). Por el contrario, reproduce sin más explicación en el anexo al tomo 1 (pp. 215-216) una importante carta cuya autenticidad cuestiona Megaro (cf. pp. 293-294). Tampoco se manifiestan al respecto Pini-Susmel (*op. cit.*, p. 426).

¹² El término «fascismo» en un principio no tiene contenido. «Fascio» significa unión y se venía utilizando en Italia como referencia a agrupaciones políticas, principalmente a las de la izquierda. Muy famosos llegaron a ser los «fasci siciliani», que en el cambio de siglo representaban a un movimiento social revolucionario y para quienes Marx, Mazzini y Garibaldi eran por igual héroes y modelos (Michels, véase *Anm.* 2, p. 267 y 161). Pero ya anteriormente había «fasci operai» de uniones de trabajadores (Michels, p. 91). El joven Mussolini usa la palabra frecuentemente en el sentido de «unidad» (todas las fuerzas proletarias agrupadas en una sola unidad –un fascio unitario. V, 195). Cuando en 1915 funda el «Fasci d'Azione Rivoluzionaria», con el objetivo de preparar la intervención, parece evidente que sólo está pensando en el significado general y, en todo caso, de izquierdas. La referencia a Roma y a los símbolos romanos de las fascas y el hacha no llegará hasta más tarde, a través de una etimología fortuita, si bien correcta –tal referencia, dicho sea de paso, redundará menos en provecho del fascismo que en provecho de sus adversarios. (Compárese el título de un libro de Gaetano Salvemini: *Under the axe of fascism*, Londres, 1926).

¹³ La consideración del fascismo en primera línea como antidemocrático, antiliberal y totalitario se debe sobre todo al propio Mussolini, quien precisamente se vio obligado a acentuar aquellos rasgos de su actividad política que podían hacer que su desarrollo ruviese un carácter de continuidad. Y así admite con manifestación satisfacción en noviembre de 1914 que un importante periódico liberal le califica, a pesar de su intervencionismo, como «enemigo del orden burgués» (VII, 47). Los camaradas de Mussolini en aquel entonces debieron de convencerse de que Mussolini había sido sobornado al ver que éste, completamente falto de medios, se podía permitir fundar un gran diario de su propiedad tres semanas después de su salida del *Avanti*. Desde el 19 de noviembre de 1914 el *Avanti* y otros periódicos socialistas empezaron a repetir insistentemente la pregunta: «¿Chi paga?» (VII, 431 ss.). En la misma línea sitúa Angelica Balabanoff un capítulo de su libro que tituló «El mercenario de los belicistas». Y la crítica socialista en general nunca se ha podido desprender de esta sospecha de la primera impresión. Pero al menos ya veía algo cierto y esencial en tiempos en que la crítica liberal apenas hacía mención al respecto y la crítica conservadora y cristiana no quería ni hablar del asunto. (Cf. *Anm.* 1, p. 328).

otra manera según se considere a Mussolini como tráfuga o como *défroqué* del socialismo; también de una manera diferente en la época en que el socialismo no fue sino una escalera más que le permitió a un personaje ambicioso y sediento de poder dar los primeros pasos en su ascenso; pero también de otra manera en la época del joven periodista socialista en quien, por pensamiento y convicciones, ya se encontraba gestado el *Duce* fascista.¹⁴ Sin embargo, ninguna de estas preguntas se puede contestar sin haber aclarado antes la relación de Mussolini con los más significativos y opuestos pensadores que fue encontrando en su camino. La cuestión de la influencia que ejercieron Marx y Nietzsche en el socialismo del joven Mussolini es, por lo tanto, una aportación enmarcada en un problema mayor y que a través de ella, quizás, se pueda retomar para ser resuelto de un modo más exhaustivo.

Uno de los fenómenos más curiosos en la historia del pensamiento moderno es el hecho de que, en política y sociología, una parte fundamental se ha ido desarrollando bajo la influencia de Marx y Nietzsche al mismo tiempo; no obstante, los discípulos «oficiales» de ambos pensadores han venido aferrándose a una relación de enemistad y extrañeza irreconciliables (baste recordar las críticas a Nietzsche de Franz Mehring o de Georg Lukács, e igualmente la postura de Ludwig Klages o Alfred Bäumler frente al marxismo). Ahora bien, en setenta años no había sido nunca investigada explícitamente la relación entre ambos pensadores.¹⁵ Sí es cierto que existen magníficos trabajos sobre el desarrollo del pensamiento en los que Marx y Nietzsche están presentes;¹⁶ pero el interés se centra más en el objetivo al que se encamina el desarrollo (tal como «la completa secularización») que en las diferencias concretas y objetivas, o sea, políticas, entre ambos pensadores. Y Marx y Nietzsche como pensadores políticos llegan a desaparecer por completo en la consideración que hacen de ellos colegas de Platón y Descartes, de modo que todas las ideas que pudieron ejercer y ejercieron una in-

¹⁴ Megaro defiende la tesis de que Mussolini fue tanto el «Duce» del socialismo italiano como más tarde del fascismo, y de que en ambas ocasiones estuvo guiado por la misma mentalidad de sed de poder (pp. 74 y 107). Añade que Mussolini siempre fue calificado por amigos y enemigos como «duce», también en su etapa socialista. Cabría mencionar también el apelativo «condottiere» y el que le dedicó en 1914 un periódico rival: «l'indisusso leader del PSI» (V, 396; VI, 511); (no obstante hay que decir que se trataba del boloñés *Resto del Carlino*, cuyo redactor jefe —Filippo Naldi— fue quien más ayudó a Mussolini en la fundación del *Popolo d'Italia*. Así pues, el apelativo mencionado podría tener como base igualmente un optimismo funcional. Cf. *Ann.* I, p. 328). La tesis de Megaro se ha de entender como reacción ante el empequeñecimiento interesado del papel de Mussolini en el socialismo italiano. Pero llega a errar el tiro. Aun sin considerar la dificultad institucional de jugar el papel del «Duce» en un partido socialista, no se puede pasar por alto que hubo por lo menos dos hombres que igualaban a Mussolini en prestigio e influencia: por una parte, el secretario general del partido, Constantino Lazzari (el propio Mussolini habló en una ocasión del «binomio Lazzari-Mussolini», V, 87); por otra, y a pesar de su reformismo, Filippo Turati como miembro dirigente de la fracción parlamentaria. Megaro resulta un tanto contradictorio al defender que el socialismo fue para Mussolini sólo un instrumento de ambición personal y deseo de poder. No debería haber hecho tanto hincapié en la tradición familiar socialista de Mussolini ni en su radicalismo ideológico, si hubiera estado convencido de que éstos no eran más que pretextos.

¹⁵ Una observación de Sorel lleva a deducir que Jaurès ya había comparado a Marx y Nietzsche en intención positiva; también Max Maurenbrecher, el teólogo socialdemócrata (más tarde nacionalista), apreció aspectos en común entre ambos.

¹⁶ Por ejemplo el de Karl Löwith: *Von Hegel zu Nietzsche*, Stuttgart, 1950; especialmente importante y revelador el de Hans Barth: *Wahrheit und Ideologie*, Zürich, 1945 (dentro de éste «Ideologie und ideologisches Bewußtsein in der Philosophie von Karl Marx», pp. 73-190; también «Nietzsches Philosophie als Kunst des Mißtrauens», pp. 207-282).

fluencia política terminan siendo relegadas al montón de lo banal.¹⁷ No cabe duda de que existen diferentes niveles en el pensamiento e interpretaciones. Pero sí es paradójico que se haga de la profundidad la pauta a seguir y, al tiempo, se le niegue su lugar a preguntas imprescindibles. La de la relación entre Marx y Nietzsche es una pregunta imprescindible —por supuesto, siempre y cuando se considere que las grandes discusiones políticas merecen interpelación y precisan esclarecimiento filosófico. Mientras esperamos a que se comience a dar respuesta a esta cuestión, será provechoso prestar atención a una exposición de índole práctica, centrada en el ejemplo de Mussolini. Éste, sin ser un pensador que haga escuela, sí es un espíritu receptivo en la encrucijada de tiempos y corrientes de pensamiento. Una figura tal no sólo hay que estudiarla; hay que utilizarla. Y ahora ha llegado el momento de hacerlo; ahora que la época que lo alababa o lo maldecía ha llegado a su fin.

Sería recomendable mencionar brevemente las etapas más importantes en la carrera socialista de Mussolini:

Nacido el 17 de junio de 1883 cerca de Predappio, en el centro de la conflictiva región de Romagna, Benito Amilcare Andrea Mussolini¹⁸ perteneció al escaso grupo de líderes socialistas crecidos en el seno de una familia de tal tradición. Su padre, Alessandro, fue uno de los primeros seguidores de la Internacional en Romagna, camarada y compañero de los jóvenes simpatizantes de Bakunin, que derivarían más tarde al marxismo y quienes serían el punto de partida en la historia del socialismo italiano. El hijo del herrero llegará a ser maestro de escuela y más tarde conseguirá el título de profesor de lengua francesa y literatura en la escuela secundaria (de ahí que suela aparecer en documentos e informes como «profesor Benito Mussolini»); pero no ejercerá durante mucho tiempo. Entre 1901 y 1909 —sus años de peregrinaje por Suiza, Francia y la zona italiana de Austria— vivirá básicamente de su actividad periodística y agitadora para el partido socialista. Y lo hará de una manera modesta y llena de sacrificios, llegando a pasar hambre, a parar en la cárcel frecuentemente y a padecer varias expulsiones.

La expulsión de Austria en 1909 —su principal adversario en Trento era Alcide De Gasperi, redactor de un periódico católico— le prepara el camino como figura relevante en provincias. En su patria se convertirá en editor del semanario *La Lotta di Classe* y en dirigente de la importante sección Forlì, fiel a su tradición como pilar básico del ala revolucionaria e intransigente del partido. Cuando estalló la guerra colonial en Libia, defendida por no pocos miembros del partido socialista (sobre todo muchos posteriores fascistas), se produjeron en Forlì serias revueltas y una huelga política general: Mussolini fue acusado de responsable y, junto a Pietro Nenni, tuvo que pasar varios meses en la cárcel.

Gracias a este hecho, tras su puesta en libertad en julio de 1912, ya no se presentaba como desconocido en el congreso del partido de Reggio Emilia: co-

¹⁷ Martin Heidegger: «Nietzsches Wort, 'Gott ist tot'» *Holzwege*, p. 193 y ss. Martin Heidegger: «Wer ist Nietzsches Zarathustra?» *Vorträge und Aufsätze*, p. 101 y ss. Cf. con Marx: «Brief über den Humanismus», Berna, 1947, pp. 61, 82 y 87.

¹⁸ Benito por Benito Juárez; Amilcare por Amilcare Cipriani, un famoso defensor de las comunas; Andrea por Andrea Costa, uno de los fundadores del socialismo italiano y paisano de Mussolini, de Imola.

mo portavoz de la fracción revolucionaria reclama y obtiene la expulsión de los «reformistas de derechas» en torno a Bissolati, Cabrini y Bonomi. Su discurso es un éxito rotundo; se convierte en uno de los diez miembros de la dirección del partido y, poco después, en director del *Avanti*. El periódico cobra un gran auge bajo su dirección; sin duda a su labor se debe también el que el partido ascienda sorprendentemente en las elecciones al Parlamento celebradas en 1913: a las puertas de una guerra mundial y tras un ascenso meteórico, no se puede decir que sea ya el «Duce» del socialismo italiano,¹⁹ pero sí la personalidad más llamativa, fascinante y grandilocuente de su partido, además de un político de talla europea.

Dentro del socialismo europeo no se empieza a saber de él hasta ese momento;²⁰ en plena guerra, fuera de Italia pasaron desapercibidas sus largas y duras luchas internas de oposición a la voluntad del partido y a favor del intervencionismo en octubre de 1914²¹ —y ello aún significando uno de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia del socialismo y del continente. La cesura producida por la guerra fue tan grande que al *Duce* del fascismo y primer ministro de Italia le fue posible aparecer ante el asombrado mundo como un hombre nuevo, como un hombre sin pasado, del que a lo sumo se sabía que, en algún momento de su vida, había sido socialista (se dice de un hombre respetable, sonriendo y con simpatía, que los pecados de juventud no le son ajenos).

Como labor previa a cualquier investigación, hay que dejar constancia de una cosa: se diga lo que se diga en detalle sobre el marxismo de Mussolini, lo cierto es que él mismo siempre se declaró marxista y rechazaba vehementemente cualquiera de las dudas que, no rara vez, se pronunciaban sobre su ortodoxia.²²

En la época en que el joven de diecinueve años pasaba las noches, hambriento y desamparado, bajo el puente de arcos de Lausana, una medalla de níquel con la imagen de Karl Marx es el único objeto de metal en sus bolsillos.²³

Mussolini no pierde nunca la ocasión de conmemorar al «padre y maestro»²⁴ como «brújula» del movimiento proletario y socialista.²⁵

¹⁹ Cf. *Ann.* 2, p. 253.

²⁰ En el periódico *Neue Zeit* no se trata a Mussolini con cierto detalle hasta el 9 de mayo de 1914 (32, 2, pp. 292-302). La corresponsal romana Oda Olberg informa sobre el congreso de Arcona y anuncia serias dudas hacia la hostilidad cultural que se hace evidente con la expulsión de los masones. Oda Olberg muestra su preocupación por el hecho de que Mussolini tenga el «culto al lujo de la fuerza», de que esto ocurra «estando bajo la evidente influencia de Bergson» y de que su implacable intransigencia le cause más daño que beneficio a los asuntos del proletariado. Claro que conviene señalar que Oda Olberg estaba casada con un rival de Mussolini dentro de la fracción revolucionaria: Giovanni Lerdas, uno de los principales masones (Michels, p. 175). De ahí que se puedan aducir razones personales para explicar que hasta entonces apenas se le hubiese mencionado, ni siquiera cuando se informó sobre el Congreso de Reggio Emilia. De hecho, la redacción marcó distancias frente al artículo, y en uno de los siguientes números lo completó con un ensayo de Angelica Balabanoff («Socialismo y masonería», pp. 345-350). Pero pocas semanas después es Oda Olberg quien vuelve a informar de un modo muy crítico sobre la *Settimana Rossa* y «la propaganda revolucionaria utópica del *Avanti*» (pp. 823-833). Así pues, la guerra estalló justo en el momento en que se preparaban los bastidores para la primera salida a escena de Mussolini en el luminoso escenario del socialismo europeo.

²¹ No hay investigación de las fuentes (en aquella época ésta no era posible ni en Alemania ni en Italia), pero sí encontramos una amplia visión sobre los libros de consulta en los años inmediatamente posteriores a la guerra en el trabajo doctoral de Hans Eugen Pappenheim: *Mussolinis Wandlung zum Interventionismus*, Jena, 1935.

²² P. ej. IV, 151 y ss.; VI, 244.

²³ I, 213.

²⁴ II, 31.

²⁵ III, 367.

Frente a los ataques por parte de diversos oponentes, él defiende la validez de los fundamentos del marxismo, tanto en el pasado como en el presente.²⁶ Ni siquiera deja de defender la teoría del empobrecimiento, si bien él la plantea sobre una base sicológica: el abismo entre los pobres y los ricos, cuanto menos, se percibe hoy con mayor fuerza.²⁷

Igualmente justifica la mayoría de sus decisiones políticas remitiéndose a Marx. Marx es, entre todos los pensadores de su talla, el más citado y al que más alude Mussolini. Le sirve como referencia principal incluso cuando pide la participación de Italia en la guerra.²⁸

Mussolini siempre estuvo abierto a todo tipo de influencias; pero el cuadro de su primera época tiene una base tan roja y marxista, que el resto de los colores posibles sólo encuentra cabida bajo la condición de que pueda integrarse y adaptarse. Marx es quien marca la pauta, y todos los demás, ya se trate de Sorel, Pareto, Bergson u Oriani, sólo se pueden limitar a seguir el ritmo de su melodía. Bien es cierto que la influencia de Nietzsche supone más bien una desarmonía, un ritmo diferente; y, en conjunto, no pasa desapercibido que ese cuadro es más multicolor y esa danza más entrelazada y confusa que en la mayoría de los demás líderes marxistas.

No obstante, en ningún momento encontramos en Mussolini una expresión comparable a aquellas famosas palabras de Lenin: «la doctrina de Marx es omnipotente porque es verdadera»²⁹. Él se manifiesta más bien en contra de una idolatría hacia Marx;³⁰ se declara dispuesto a hablar con sus opositores sobre el tema «lo vivo y lo muerto del marxismo»³¹, pondera la idea de que el marxismo podría ser un reflejo de las circunstancias particulares en Inglaterra (Prezzolini),³² y parece admitir la existencia de una burguesía «nueva, joven, industrial y audaz, diferente de la antigua, conservadora y decadente *bourgeoisie*»³³.

Retomando el cuadro anterior: no cabe duda de que, si tomamos a Lenin o a Kautsky como comparación, el color de fondo resulta apagado y el acceso a la pista de baile, demasiado fácil. Pero precisamente por ello podría acontecer algo. Y precisamente por ello es de gran interés seguir el desarrollo de un pensamiento y actuación que son lo suficientemente marxistas como para tener una ubicación firme y esclarecedora, pero no lo suficientemente inflexibles y ortodoxos como para cerrarse a cualquier otra influencia o tener, a priori, la respuesta única para cualquier acontecimiento.³⁴

El método correcto no sería ahora recoger todas las manifestaciones de Mussolini sobre Marx y el marxismo para llegar a emitir un juicio sobre el valor y re-

²⁶ II, 30.

²⁷ III, 308.

²⁸ VI, 431.

²⁹ W. I. Lenin, *Ausgewählte Werke*, Berlin, 1955, Tomo I, p. 63.

³⁰ III, 313.

³¹ III, 47.

³² VI, 51.

³³ VI, 50.

³⁴ Si queremos comparar a Mussolini con otros líderes marxistas y desde un punto de vista sicológico, no sería Lenin el más cercano a él, sino Trotski. Ambos fueron más receptivos que sus contemporáneos a nuevas influencias y tendencias; y, tal vez por ello precisamente, brillantes escritores y oradores. Otro paralelismo más objetivo se puede ver en que Trotski tuvo una etapa prebolchevique, bolchevique y postbolchevique; al igual que Mussolini, una prefascista, fascista y postfascista.

levancia de su postura ante las más importantes teorías. Claro que Mussolini se propuso, por ejemplo, defender la teoría de la concentración ante sus opositores recurriendo a diversas estadísticas.³⁵ Pero de sus discursos y conferencias sobre la historia y la teoría del socialismo sólo se conservan anotaciones sueltas.³⁶ Además, su marxismo no se encuentra dentro de un sistema de manifestaciones teóricas, sino en los principios básicos de una política práctica. Es por ello que Mussolini no se evidencia como marxista sólo cuando se habla explícitamente de Marx. Por último, no hay que entender la palabra «desarrollo» en el sentido de un cambio de convicciones producido con el paso del tiempo. No es que Mussolini fuera primero un joven y fanático seguidor del marxismo, cuyas ideas luego fue superando (o perdiendo) bajo la influencia de Nietzsche, Pareto, Bergson y la tradición nacional italiana, hasta llegar a romper con el partido socialista. Hay, sin duda alguna, acentos que se desplazan y opiniones que se alteran. Su postura ante el sindicalismo y ante Sorel, por ejemplo, no es la misma en 1909 que en 1912. Pero mucho más importante es el carácter casi inalterable de sus ideas, que le permite interpretar el marxismo de un modo particular y, al mismo tiempo, adoptar influencias «externas». Sólo así va a poder escribir su gran ensayo sobre Nietzsche en el año 1908 y, en el 1914, realizar algunas de las manifestaciones marxistas más intransigentes.

El singular marxismo de Mussolini sólo se puede comprender considerando las grandes concepciones básicas que permanecieron; sólo así se pueden caracterizar también como casuales o no algunos cambios de rumbo aislados e impulsivos; sólo así se puede distinguir la frontera en la que algunos conceptos marxistas cobran otra tonalidad y entran en un nuevo contexto que, tal vez, los lleva más allá de sí mismos.

Son tres los principales conceptos y realidades que dominan el pensamiento y las acciones de Mussolini: la lucha de clases, la finalidad y el internacionalismo. Ellos son los que debemos estudiar.

II

1. Para Mussolini, al igual que para todos los marxistas, la lucha de clases entre capitalistas y proletarios es la realidad absoluta de la época, su carácter universal. Está por delante de cualquier otra lucha, es la base de todo juicio, se extiende a todas las regiones del mundo.

Su origen es la separación dentro de la sociedad burguesa entre los instrumentos de producción y quienes producen. De esta separación surge necesariamente la oposición hostil entre capital y trabajo.³⁷ Los proletarios son quienes producen la riqueza, pero quedan excluidos de ella.³⁸ Las doctrinas de Marx sobre la generación de plusvalía y explotación del trabajador se dan por supuestas. Sus aspectos sutiles (diferencia entre plusvalía y beneficio, caída tendencial de la

³⁵ III, 306-308.

³⁶ La más amplia, VI, 70-82.

³⁷ I, 44; II, 235.

³⁸ III, 83.

tasa de beneficio, función de la racionalización, etc.) a penas se mencionan. Esta ausencia podría deberse a la peculiaridad de la situación italiana, donde apenas se ha hecho diferencia entre los levantamientos y la lucha de clases; ésta es una peculiaridad que Mussolini conoce muy bien y menciona claramente en alguna ocasión.³⁹ Sin embargo, para él la meta en la lucha de clases ha de ser la expropiación de la burguesía y la colectivización de los medios de producción; esto es lo que para Marx sólo se postulaba y justificaba por el despliegue producido en el origen, o sea, por la polarización de la sociedad en dos clases fundamentales. Consideraciones tales como que Italia no estuviera aún preparada para tal objetivo, o como que la meta primera en la lucha política no podía ser acabar con la lucha de clases sino, en primer lugar, prepararle a ésta el terreno (por ejemplo, derrocando la monarquía), quedan en conjunto muy lejos de los pensamientos de Mussolini, aun cuando en alguna ocasión parezca acercarse a alguna de estas consideraciones por separado.

El enemigo del proletariado en la lucha de clases no es tanto la burguesía como el Estado; el Estado es la organización militante con la que cuentan las clases dominantes para dirigir la lucha de clases, es su «comité de defensa»⁴⁰. Cuando el Estado se presenta como «estado de derecho» y pretende actuar como árbitro entre las distintas clases, lo único que está haciendo es disfrazar su carácter opresor: «en la sociedad capitalista 'derecho' significa fuerza, prepotencia, violencia»⁴¹. En un artículo que escribió Mussolini a la edad de veinte años para conmemorar el cuarenta aniversario de la muerte de Lasalle, declara anticuada su concepción del socialismo de Estado; y válida, la marxista.⁴² De ahí que para él el ejército sea, en primer lugar, un instrumento opresor de la política interior. La lucha de clases proletaria ha de ser necesariamente antimilitarista. Una de las razones por las que Mussolini se opone con vehemencia al colonialismo en Libia es su convencimiento de que la finalidad de esa guerra es desviar la atención de los problemas internos no resueltos y hacer que la lucha de clases pierda importancia. Tanto las ilusorias reformas del estado de derecho de cara adentro (como la introducción del sufragio universal), como las guerras justificadas con pretextos nacionales o imperiales de cara al exterior no son, en opinión de Mussolini, más que intentos de la burguesía y su Estado para eludir la auténtica realidad: la lucha de clases del proletariado internacional, el cual está llamado a abolir el Estado como tal mediante la expropiación de la última clase opresora.

El carácter de la lucha de clases es violento, porque «una clase nunca renunciará a sus privilegios, a no ser que se la obligue»⁴³. Mussolini nunca se cansa de alabar a la comuna de París como máximo ejemplo de la violencia revolucionaria: «Sangre fecunda, sangre que nos es sagrada»⁴⁴. Sólo la sangre hace que la historia avance: «Las más grandes transformaciones sociales están bendecidas con la sangre de hombres que defienden el orden antiguo, y con la de los que lo quieren derribar»⁴⁵.

³⁹ V, 126.

⁴⁰ I, 51.

⁴¹ V, 181.

⁴² I, 67.

⁴³ I, 102.

⁴⁴ II, 45.

⁴⁵ II, 127.

Se ha querido ver la influencia de Sorel en la «admiración» que Mussolini siente por la violencia. Pero un político como Mussolini no precisa ni enseñanza ni influencia para reconocer el papel fundamental de la violencia tanto en la historia pasada como en la presente. Y mucho menos las precisa un marxista. Mussolini acude a Marx para justificar el «vandalismo» de la comuna. En el año 1908 publica en un pequeño semanario socialista una traducción de la *Apologie de la Violence* de Sorel; en la introducción señala que sus «pobres ideas» sobre el significado de la violencia han experimentado de la pluma de Sorel una confirmación autoritaria.⁴⁶ Y poco más tarde no es a Sorel, sino a Marx a quien llama «el grandioso filósofo de la violencia de los trabajadores» (*il magnifico filosofo della violenza operaia*).⁴⁷

La política no se puede definir sin considerar la posibilidad de la violencia, de la guerra y de la guerra civil. Pero lo que debemos preguntarnos es cómo definir el concepto de la violencia. Para Marx, la violencia es «partera»; esto quiere decir que la violencia sólo es justificable y tiene sentido si pone en libertad un nuevo orden social ya preformado en líneas básicas. Y, en segundo lugar, nunca puede ser una categoría eterna del ser humano, al igual que tampoco lo es el Estado, la clase o la política. La violencia de la revolución proletaria se diferencia, de este modo, de todos los tipos anteriores de violencia. No es que sea menor o más suave; al contrario: es universal y está concentrada, pero precisamente por ello es ya la transición al nuevo mundo sin violencia.

Para Sorel, en cambio, la violencia es la espada que mantiene viva la sociedad capitalista. La violencia impide que los proletarios y los capitalistas se hundan en la decadencia del bienestar democrático, preservando así las virtudes que la guerra y el ascetismo instauraron en tiempos pasados: es lo «sublime»⁴⁸ de lo que la humanidad ha estado «viviendo» hasta ahora y que ve amenazada su sustancia por el desarrollo moderno («De quoi vivra-t-on après nous?»⁴⁹). Aun cuando Sorel habla en ocasiones de una sociedad futura «sin amos», la violencia sigue siendo para él básicamente una condición previa necesaria para la humanidad (su evolución le lleva más tarde a la violencia sublime y bélica de los santos y los héroes). En la práctica, la forma permanente de desarrollo en la sociedad es la lucha de las masas guiadas por el mito de la huelga general y la de los capitalistas forzados a reaccionar enérgicamente.⁵⁰

Así pues, no tiene gran trascendencia la constatación de que Mussolini defiende la violencia. La pregunta ha de ser más bien en qué forma y dentro de qué

⁴⁶ I, 147. En aquella época, Mussolini llama a Sorel «notre maître» (II, 126). Pero la admiración que siente por él no dura mucho. Cuando Sorel da el giro en el que más tarde se ha querido ver el nacimiento del fascismo, Mussolini lo llama «Kanaïlle» y «jesuita perfecto» (1910): «Esta persona añora el *ancien régime*» (III, 271). Mussolini asegura entonces no haber creído nunca en la postura revolucionaria de «ese ratón de biblioteca jubilado» (adenda). Podemos creerlo o no. Pero lo cierto es que ni una sola vez hasta el estallido de la guerra vuelve a mencionar en un tono positivo a este hombre que «ha terminado en los brazos misericordiosos de los chillones legitimistas... y del Papa» (VI, 276). El joven Mussolini no perdona la «traición». Los fieles creyentes no podían ni imaginarse las intenciones ocultas que podía tener Mussolini cuando, más tarde, le volvió a poner en la cumbre (cf. p. 385 y *Ann.* 2, p. 285).

⁴⁷ IV, 153.

⁴⁸ Georges Sorel: *Réflexions sur la violence*; 5ª ed. Paris, 1921, p. 246.

⁴⁹ Adenda 353 (citado por Renan).

⁵⁰ Compárese el magnífico libro de Michael Freund, *Georges Sorel. Der revolutionäre Konservatismus*, Frankfurt am Main, 1932.

horizonte la quiso: en la política exterior o interior, como estado o como acontecimiento, como categoría permanente o transitoria, tras los pasos de Sorel o en la línea de Marx.

Una mirada a los hechos sirve para comprender que Mussolini se ganase muy pronto la fama de ser amigo de barricadas, de blanquista y anarquista.⁵¹ En Trentino protagonizó una polémica anticlerical de una intensidad sin parangón,⁵² apreciada como irrupción de un nuevo e inaudito espíritu en esa región oprimida pero, sin embargo, pacífica; las luchas sociales entre los campesinos, aparceros y propietarios se acentuó, llegando a excesos sangrientos. Cada vez que se producía uno de los frecuentes encontronazos entre los militares y el pueblo excitado y armado con piedras, Mussolini tenía el motivo para un artículo instigador («si mañana se produjese una nueva matanza, yo no escribiría con tinta, sino con sangre»⁵³); la «Settimana Rossa» —levantamiento popular que recorrió en junio de 1914 gran parte de Italia siendo sofocado sin dificultades con un pequeño despliegue militar— tuvo en Mussolini un apasionado defensor, si bien no un artífice.

Frecuentemente se ha hecho referencia al temperamento violento de Mussolini y al clima revolucionario de la Romagna. Se ha querido ver el carácter concordante y esencial de su socialismo en categorías psicológicas tales como obstinación, rebelión y voluntad de poder. Pero temperamento y tradición no son más que fundamentos naturales. Las categorías psicológicas no bastan para interpretar fenómenos políticos, aunque bien es cierto que en pocos políticos se prestan tanto como en Mussolini. Pero precisamente por ello no deberíamos conformarnos con tan poco.

Puede que su temperamento le encaminase a un anarcosindicalismo radical, o sea, a la violencia como actualidad diaria en la lucha de clases. Y, sin duda, hubo un tiempo en que fue cercano a esa línea.⁵⁴ Pero su concepción marxista le lle-

⁵¹ Era frecuente que sus rivales políticos lo recordasen con el nombre de «Benito el sangriento» (V, 386), «pirotécnico» (V, 394), «el célebre profesor socialblanquista» (V, 386).

⁵² Cf. *Ann.* 5, p. 294.

⁵³ VI, 131.

⁵⁴ El 25 de junio de 1910 Mussolini escribe en la *Lotta di Classe* un artículo contra la persecución de trabajadores en Argentina. En tono de sincera indignación comenta los «actos vandálicos» de «los violentos criminales burgueses»: «En Buenos Aires se han formado tropas de voluntarios para mantener el orden. Encubiertas y protegidas por la policía, estas bandas de criminales atacan las sedes de los periódicos revolucionarios y de las organizaciones de trabajadores. Primero entraron en *Protesta*, el gran periódico anarquista, y destruyeron una impresora rotativa y dos componedoras, tiraron por el suelo todo lo que se iban encontrando y luego le prendieron fuego» (III, 119-120). (En verdad, no resultaría nada difícil hacer una compilación de textos bajo el título «*Mussolini en contra del fascismo*»). Una semana más tarde, anunció un ataque con bomba en un teatro de lujo de Buenos Aires, con el resultado de un muerto y varios heridos. Y este hecho cuenta con su aprobación: «¡Contra la violencia, violencia!». Sus manifestaciones debieron de ser criticadas desde diversos sectores. Él reaccionó entonces admitiendo que las bombas no son un medio de acción socialista, aunque con la limitación de «en tiempos normales». Y continúa: «No sorprende que la dura piel del proletariado le sirva como diana el Polentiano (*ai Centauri*) y los suyos. Pero cuando se trata de un inútil burgués cualquiera o de la piel fina y perfumada de una damita aristocrática, muchos socialistas derraman hasta sus reservas de lágrimas. Se sienten compasivos ante la tragedia burguesa, mientras que ésta jamás ha sentido ni sentirá compasión por la tragedia proletaria» (III, 139). Muy poco antes de que estalle la guerra vuelve a hacer una declaración muy parecida, evidenciando que el origen, o por lo menos la justificación, de su «predilección por la violencia» se encuentra en la indignación ante la violencia (a despecho de todo lo que había leído en Nietzsche sobre resentimiento y cólera): «¿Qué importan diez o cien muertos? El proletariado envía cada día a miles de los suyos por el calvario de su trabajo» (VI, 248-249). Una cierta tendencia al anarquismo no le venía a Mussolini sólo por temperamento, sino también por tradición. A nadie admiró tan sinceramente como a Andrea Costa, quien fue durante su juventud uno de los más estrechos colaboradores de Bakunin. Sus referencias al propio Bakunin no son hostiles. Pero en el aspecto teórico se mantiene alejado de lo específicamente

vó a catalogar como prelucha de clases una gran parte de los conflictos sangrientos producidos en Italia⁵⁵ y a reivindicar que el proletariado italiano fuese dejando de ser pueblo para ser cada vez más clase;⁵⁶ esa concepción le llevó también a combatir con duras palabras el abuso que los sindicalistas hacían de la huelga general⁵⁷ y a exigir reiteradamente «preparación». Por ello, el antiparlamentarismo de Mussolini no se sitúa en la línea del abstencionismo anarquista y sindicalista. Para él, al igual que para Marx, la lucha de clases tiene muchas formas. Lo característico de Mussolini no es que defienda la violencia, sino que a ella le quiere otorgar la última palabra.

La cita que más repite Mussolini es la de la conclusión con que acaba la obra de Marx *La miseria de la filosofía*: «Sólo en un orden de cosas en el que no haya clases ni oposiciones de clases, las revoluciones sociales dejarán de ser revoluciones políticas. Hasta ese momento, en vísperas de la transformación general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será 'la lucha o la muerte; la guerra sangrienta o la nada'. Así de implacable es la cuestión»⁵⁸.

Por consiguiente, también la concepción que Mussolini tiene de la violencia se mueve en la línea del pensamiento marxista.

Pero lo que de verdad amenaza la lucha de clases y el movimiento socialista no es el adversario. La amenaza verdadera crece más bien en el seno del propio partido.

Se trata del «socialismo del abogado»⁵⁹, la insistencia en el automatismo de la evolución, el limitarse a la lucha parlamentaria y, no en menor medida, el «completo rechazo del marxismo»⁶⁰. Todo ello ha provocado la «decadencia» del socialismo, su degradación a una especie de movimiento democrático burgués. Los «emigrantes de la burguesía»⁶¹ pretenden sustituir la lucha de clases por la colaboración entre las clases; el practicismo del trabajo diario amenaza con desplazar la firmeza revolucionaria: «si se permite la colaboración entre clases, se acaban los escrúpulos. Y va aún más lejos. ¡Al quirinal! ¡Al gobierno!, ¡pero Karl Marx va a parar al cuartucho de atrás!»⁶². Con todo esto, el partido no está a la altura de su cometido ni de su histórica situación de excepción. La primera actuación política de Mussolini que tuvo trascendencia nacional fue la exigencia y consecución de que se expulsara a Leonida Bissolati y a sus partidarios, «que estaban prostituyendo al partido»⁶³. De este modo se evitó un desarrollo que parecía inevitable.

El enfrentamiento entre las alas revolucionaria y reformista del marxismo fue un fenómeno europeo. En Alemania se enfrentan Bernstein y Kautsky; en

anarquista: de la afirmación por principio del terror individual, de la no participación en la vida política regular, del así llamado abstencionismo. Resulta curioso cuando manifiesta que lo que le separa del anarquismo es también «la comprensión del futuro inspirada por un optimismo exagerado ante los hombres y la naturaleza humana» (VI, 243). Con ello no parece anunciar su «pesimismo» fascista más tardío. Más bien intenta parafrasear la diferencia que le separa a él, comunista «autoritario», de los comunistas individualistas o de los anarquistas.

⁵⁵ V, 126.

⁵⁶ VI, 179.

⁵⁷ V, 249.

⁵⁸ Karl Marx, *Das Elend der Philosophie*, Berlin, 1952, p. 194.

⁵⁹ III, 122-124.

⁶⁰ IV, 142.

⁶¹ I, 53.

⁶² III, 355.

⁶³ IV, 119.

Francia, Jaurès y Guesde; en Rusia, Martow y Lenin. Pero en Alemania el reformismo era el nuevo fenómeno al que se enfrentaba en oposición el partido oficial; algo parecido se daba en Francia. Entre los emigrantes rusos el enfrentamiento no era por una alternativa entre revolución o reforma pacífica dentro del sistema existente. Frente al zarismo, Martow era tan revolucionario como Lenin; su pelea tenía simplemente como motivo la cuestión de la táctica más efectiva. Sólo en el caso de Italia el partido oficial, que en su origen había sido tan revolucionario como todos los otros partidos marxistas, había derivado más o menos como tal al reformismo: el grupo en torno a Bissolati lo reconocía y aceptaba; la fuerza principal en torno a Filippo Turati lo hacía entre dudas y sentimiento de vergüenza. El problema de la participación en el gobierno estaba servido: el primer ministro Giolitti ambicionaba la formación de un bloque de centro-izquierda que incluyera a los marxistas que se habían pasado a la socialdemocracia.⁶⁴ La fracción revolucionaria, con Constantino Lazzari al frente (un viejo y gallardo campeón, pero sin ser una mente significativa ni un fascinante agitador de masas), no parecía poder frenar el desarrollo. La guerra en Libia vino a agitar los ánimos; en la agitación que provocó, Mussolini fue capaz de llevar a la victoria a los intransigentes. Si se califica de comunismo la reacción del ala revolucionaria del marxismo frente a la tendencia reformista ya más o menos triunfante, entonces está justificado que se califique a Mussolini como el primer comunista.

El purismo radical que Mussolini hizo patente hasta el comienzo de la guerra mundial viene a confirmar esta tesis. El giro en contra del «socialismo de abogados» ya significa una protesta trascendental contra un rasgo característico del socialismo italiano: el gran papel que en él había jugado el elemento intelectual y académico.⁶⁵ Significaba una vuelta a los reproches lanzados por Marx en los comienzos de la Internacional en Italia: estaba protagonizada por literatos y abogados sin oficio en lugar de por auténticos trabajadores de Bakunin. Y cuando Mussolini hace que expulsen a los masones acusándoles de filántropos no marxistas durante el congreso del partido en Ancona,⁶⁶ da un enorme paso adelante en la línea de alejar al partido definitivamente de la «bandera abigarrada del arlequín democrático»⁶⁷. Si el socialismo lucha en solitario, es homogéneo y es «una organización de guerreros y soldados»⁶⁸; estará renunciando a un éxito inmediato, pero «ello nos permitirá ganar la batalla definitiva»⁶⁹. Mussolini es un separatista tan irreflexivo como Lenin. Para ambos la unidad pura es «impotencia»⁷⁰. «Llamadlo serena intolerancia: es el tipo de intolerancia que salva a los partidos»⁷¹.

En este contexto debemos entender el «voluntarismo» de Mussolini. Si se sopesan sólo las palabras, resulta fácil construir una oposición insalvable entre el «determinismo» de Marx y el de Lenin. Pero las palabras sólo cobran su sentido

⁶⁴ Cf. E. R. Rosen: *Italiens Kriegseintritt im Jahre 1915 als innenpolitisches Problem der Giolitti-Ära*, en: HZ, 187, 2 (abril, 1959), pp. 289-363.

⁶⁵ Cf. R. Michels: *Storia critica del movimento socialista italiano*, Florencia, 1926, pp. 96-97.

⁶⁶ Cf. Michels, pp. 14, 30 y 86.

⁶⁷ VI, 171.

⁶⁸ VI, 204.

⁶⁹ VI, 173.

⁷⁰ III, 100.

⁷¹ I, 74.

dentro de un contexto. Y Mussolini es «voluntarista» en el contexto de su lucha contra el reformismo, cuyo argumento de más peso era el evolucionismo favorecido por la atmósfera de la época, pero que provenía más de Spencer que de Marx: «las sentencias más habituales del lenguaje positivista han sido y siguen siendo las siguientes: tanto en la naturaleza como en la vida, todo se desarrolla en etapas, lenta y necesariamente. La creación de formas no es imprevisible, y tampoco existen las catástrofes repentinas de sistemas o instituciones; lo que se da es una transición sin saltos de una fase a otra. Esta concepción desterró del mundo la voluntad y la violencia; negó la revolución. Pero cuando Marx nos habló del ‘desarrollo revolucionario’, nos enseñó a distinguir entre el desarrollo económico lento y el súbito derrumbamiento de la superestructura política, jurídica y social. La evolución positivista había desterrado las catástrofes de la vida y de la historia. Pero, fijaos: las teorías modernas están castigando la tan explotada mentira de *natura non facis saltus*»⁷².

Cuando Mussolini dice «voluntad», no se refiere a otra cosa que a «dialéctica». El propio cambio de acento es dialéctico. Y es que Mussolini no se encuentra ante una filosofía de la libertad contra la cual se debería acentuar la «necesidad», sino que está rodeado de un determinismo que niega con la voluntad el momento revolucionario del desarrollo. Puede que este resultado sorprenda. Pero vuelve a mostrar una vez más qué poco se ha dicho hasta ahora con palabras sueltas y conceptos aislados. Algo muy parecido ocurre con la concepción de «idealismo» en Mussolini.

Y es que el positivismo y evolucionismo burgueses no son el único peligro al que se enfrenta el movimiento marxista. Igual de peligrosa es la tendencia de los propios trabajadores que se limitan a una lucha de carácter económico y a hacer del interés material inmediato el criterio más importante del comercio: «El método consistente en limitar la función de las organizaciones obreras exclusivamente a la función de lucha económica amenaza con llevarnos de nuevo a un cooperativismo mezquino que ya teníamos superado»⁷³. Precisamente ahí está la función del partido: conseguir trascender los intereses individuales desde la postura firme de su ideología.⁷⁴ Ese es precisamente su «idealismo»: el no ser esclavo de los intereses cotidianos.⁷⁵ Por eso, el partido debe ser el motor y exhortador permanente del movimiento sindicalista, sin obligación de encontrar una línea política clara, moviéndose entre el abstencionismo anarquista y la política burguesa de bloques. Porque el «culto al obrero» (obrerismo) es lo contrario de la burguesía sólo en apariencia; en realidad, es idéntico a ella: «la unión como tal no significa la fuerza... La unión se convierte en fuerza cuando es una unión consciente. El trabajador que se limita a estar organizado (económicamente) termina convirtiéndose en un pequeño burgués y escuchando sólo la voz de su propio interés»⁷⁶. El «idealismo revolucionario» es lo único que puede salvar al partido socialista de convertirse en «una especie de unión corporativista y egoísta de obreros»⁷⁷.

⁷² IV, 128.

⁷³ II, 256.

⁷⁴ IV, 132.

⁷⁵ IV, 156.

⁷⁶ IV, 156.

⁷⁷ V, 176.

Ya se va haciendo evidente que «idealismo» no tiene el mismo significado según tratemos a Mussolini, Lenin o Engels. En su libro sobre Feuerbach, Engels define el idealismo como una doctrina cosmológica que propugna el predominio del Espíritu sobre la Naturaleza. En su polémica contra el idealismo, Lenin se fija en el sensualismo de Mach, que parece descomponer el mundo en una suma de datos sensitivos. Mussolini no se dirige contra ninguna teoría, sino contra una manifestación social —descrita precisamente por Lenin unos años antes, si bien bajo otro nombre: la «espontaneidad», la «conciencia tradeunionista» que la clase trabajadora tiende a destacar y que sólo puede volver a encaminar adecuadamente con la sabia voluntad del partido.⁷⁸ Este camino adecuado es el que Lenin llama «el de los intereses básicos»⁷⁹. Es justamente el mismo que Mussolini llama «idealismo».

La diferencia en el uso del lenguaje es, sin embargo, lo suficientemente significativa. Lo que caracteriza al marxismo en su origen es considerar la oposición entre materialismo práctico e idealismo de conciencia como un fenómeno burgués; la situación única del proletariado, en cambio, consiste en que sus intereses inmediatos son al mismo tiempo sus intereses generales, y en que sus intereses generales son la «voluntad» revolucionaria de la historia y de la humanidad. (Marx escribe en *La Sagrada Familia*: «No se trata de lo que este o aquel proletario, o incluso de lo que el proletariado entero se haya propuesto como meta. Se trata de lo que es y de lo que será obligado hacer históricamente de acuerdo a ese ser»⁸⁰). El partido comunista se limita a hacer que el proletariado sea consciente del apremio, impulso e intereses que las circunstancias provocan diariamente en él. ¿Qué otra cosa es este convencimiento básico sino el caldo de cultivo secreto de la teoría del empobrecimiento?

Por otro lado, si la situación real de algunos o de incluso todos los trabajadores permite instalarse en la base del sistema existente, cabe preguntarse si y en qué medida la propaganda del partido revolucionario no se estará limitando a tratar sus propios «intereses básicos». Lenin negó esto cuando desarrolló la doctrina de la «aristocracia de los trabajadores», refiriéndose a aquella clase de trabajadores que reciben de los capitalistas una parte de los beneficios extraordinarios como trabajadores «sobornados».⁸¹ Esta doctrina (que ya encontramos al final en Engels)⁸² hace temblar los cimientos del marxismo con mucha más fuerza que cualquier crítica llegada de la parte contraria. Al final ha de llevar a transformar el concepto de lucha de clases internacional en el de lucha mundial de los pueblos explotados contra los explotadores. Y si entonces sigue existiendo alguna posibilidad para un partido marxista en el ámbito de los pueblos privilegiados, éste debería saber apelar a una fuerza de autorepresión y autonegación. Probablemente, una fuerza tal se podría caracterizar más como «idealismo» que como «intereses básicos». Pero cuesta pensar que Mussolini ya pensara en eso.

Lenin se ciñó al sentido original del marxismo en lo referente a la terminología; pero en lo que atañe a la realidad proletaria, sus ideas eran las mismas que

⁷⁸ Lenin I, 208.

⁷⁹ Lenin I, 79.

⁸⁰ Marx-Engels, MEGA I, 3, 207.

⁸¹ Lenin I, 773.

⁸² Marx-Engels, *Obras escogidas*, Berlin, 1955, II, 388.

las de Mussolini —e incluso con más convencimiento. Antes de 1914, sin duda, tampoco él fue más allá (e incluso al final de su vida seguía sin haber perdido por completo su fe en el papel decisivo del proletariado de Europa occidental)⁸³. El estallido de la guerra planteó una situación completamente nueva al hacerse evidente que el reformismo y la política de intereses no sólo eran un peligro para la tradicional concepción marxista de la lucha de clases, sino que la habían destruido, al menos por el momento.

Pero también antes de la cruzada de 1914, allí donde se discutía de un modo serio sobre los métodos de la lucha de clases, se hizo evidente una dificultad fundamental del marxismo. Y también en esa lucha participó por completo Mussolini.

El marxismo original supone como concepción previa a la revolución proletaria el hecho de que la mayor parte de la población ha sido expropiada por el desarrollo industrial. A este estado le correspondería un único método: abrirle los ojos a esa «enorme mayoría» para que vea su contraste frente al pequeño número de explotadores que «usurpan y monopolizan todas las ventajas que supone este proceso de transformación»⁸⁴; ésta sería la preparación para la lucha última y decisiva, que restablecería la propiedad individual mediante la supresión de una propiedad privada ya desde hace mucho convertida en irreal, y que pondría fin definitivamente a la explotación del hombre por el hombre.

¿Pero, cómo hacerlo, si no se daban las condiciones económicas previas? Anteriormente a 1850, éstas se daban como mucho en Inglaterra; antes de 1914, tal vez en Alemania. El propio Marx, sin embargo, nunca habría pensado en quedarse de brazos cruzados esperando a que las «condiciones económicas previas» fueran madurando. Ya en 1856 le escribía a Engels: «*The whole thing in Germany* dependerá de la posibilidad de *to back the Proletarian revolution by some second edition of the Peasants' war*»⁸⁵. Y ya antes había explicado, en relación a Francia, que sólo el levantamiento de los campesinos le ofrecería a la revolución proletaria el coro necesario para que su canto solitario no se convierta en un canto fúnebre en todos los países rurales.⁸⁶

Esto no es otra cosa que la respuesta anticipada de los bolcheviques, su receta triunfante: la unión de trabajadores y campesinos. Y, sin embargo, es una respuesta absolutamente nada ortodoxa, pragmática, una salida para la impaciencia. Imposible unidad (dicho de un modo marxista) la de la clase social más avanzada con la más atrasada: por un lado, el proletariado, que es una realidad de la sociedad industrial; por otro, la «pobreza rural», que existe desde siempre y que está dominada por el más reaccionario de los deseos: tierra propia para sí y para sus hijos. Trotski fue quien más claro lo vio. Pero tampoco Lenin se hizo ilusiones sobre el carácter engañoso y provisorio de esta alianza. Y hasta pasado 1917 siguió opinando firmemente que a una revolución tal no se la podía calificar de socialista.

En torno a 1910, Italia apenas era menos rural que Rusia. Mussolini debió comprender fácilmente el significado tan importante que tenía la propaganda

⁸³ Lenin II, 812-813.

⁸⁴ *El capital*, I, 1903, p. 728.

⁸⁵ M.E. II, 426

⁸⁶ M.E. I, 314.

entre los campesinos. Por nacimiento y educación, estaba llamado a ello. Y las condiciones que se daban en la Rumania eran especialmente favorables. La estructura agraria era más complicada y conflictiva que la que se podía dar en regiones y países con un pequeño campesinado relativamente homogéneo. El propio Mussolini lo describe muy bien: «El sistema válido para la agricultura en la Rumania es el del arrendamiento a medias (*mezzadria*). El campesino o arrendador a medias trabaja y vive en la finca, repartiéndose con el propietario productos y costes en una relación de uno por uno. Junto a los arrendadores, que viven en una situación de bienestar relativo, está la gran masa de los jornaleros (*braccianti*), que suelen vivir en las aldeas o en los caseríos. Los *braccianti* no tienen tierra: cuando no están ocupados en trabajos públicos, venden su trabajo a los medieros en la época de mayor actividad agraria... y reciben un salario que oscila entre las 2,50 y las 3 liras por diez horas de trabajo. Por eso, están expuestos a largos y frecuentes períodos en los que no tienen trabajo...»⁸⁷.

Esta eterna lucha dejaba ver cierto parecido con la situación en la industria, y se había ido acentuando hasta llegar al planteamiento de quiénes deberían ser los dueños de las trilladoras. Y en esta lucha, la parte de Mussolini no fue de escasa importancia desde el momento en que volvió a Forlì y se convirtió en el redactor de *Lotta di Classe*. En la peripecia de esta gran lucha destacan tres momentos: defendiendo de un modo incondicional a los Braccianti llega a lograr un sólido apoyo para sí mismo y para el partido socialista en la provincia de Forlì; su meta sigue siendo la abolición total del sistema de los arrendamientos a medias, que está llamado a desaparecer para hacerle sitio al puro dualismo entre propietarios y trabajadores de la tierra; él defiende que las trilladoras pasen a ser propiedad de los Braccianti, y no parece que lo haga por razones de índole pragmática, sino con vistas a que los proletarios, formando cooperaciones de trabajo libres, logren «esas actitudes técnicas, morales e intelectuales» indispensables para su victoria.⁸⁸

De este modo, Mussolini tiene buenas razones para decir de sí mismo que él no es «un salvaje profeta de la revolución, de la sangre y de la matanza»⁸⁹. Ni siquiera rechaza por principio el parlamentarismo como método posible para la lucha de clases (tal y como hacen los anarquistas), aunque le gusta citar con frecuencia a Marx en lo del «cretinismo parlamentario». Pero él sólo quiere utilizar todos los logros democráticos para que «nuestra hora llegue antes»⁹⁰. Mussolini se mezcla entre los Braccianti porque la revolución ha de estallar «al mismo tiempo en las ciudades y en el campo»⁹¹. Al igual que Lenin, él también quiere crear dentro del proletariado «una minoría lo suficientemente numerosa, lo suficientemente consciente y lo suficientemente audaz» como para sustituir a la minoría burguesa y arrastrar consigo a las masas.⁹² Pero en sus palabras no encontramos ni una alusión a que esa revolución pueda ser otra que la socialista.

La revolución socialista consiste en decidir la lucha de clases. Se decide por-

⁸⁷ I, 164.

⁸⁸ III, 6.

⁸⁹ I, 127.

⁹⁰ V, 138.

⁹¹ VI, 81.

⁹² VI, 81.

que acaba con ella. Pero, precisamente por eso, no puede darse este paso de un modo pacífico. Al igual que Marx, también Mussolini piensa que la condición previa para acabar con la lucha de clases es que ésta se agrave al máximo. «Queremos preparar al proletariado y acostumbrarle a la lucha para cuando llegue el día del 'gran baño de sangre', en el que las dos clases enemigas se enfrentarán en la mayor de todas las pruebas»⁹³. La catástrofe, el giro de principios que ha de cerrar la prehistoria de la humanidad, se concibe como el máximo de todos los relativos giros, cambios y conflictos habidos hasta entonces. Es por esto que Mussolini identifica marxismo y conciencia de catástrofe («nosotros, los marxistas y catastrofistas»⁹⁴). La «catástrofe» es la confrontación de las dos clases, que son el último y máximo resultado del desarrollo histórico total, y cuya lucha presupone todas las otras luchas, de modo que con ésta acaba. Hacia ahí mira Mussolini tan fascinado como Marx, y al hacerlo descuida, tanto como lo hizo su maestro, la cuestión de si ambas clases ya se han formado en su pureza y exclusividad.

Al igual que el lenguaje sobrio de Lenin cobra arrojo e ímpetu al hablar de revolución («las revoluciones son los días de fiesta de los oprimidos y explotados»⁹⁵), también Mussolini consigue entonces imágenes de gran fuerza y énfasis: «Cuando comencemos la gran sinfonía, nuestra orquesta tendrá instrumentos de acero»⁹⁶. Marx y Engels también habían manifestado el temor de que una guerra, penúltima y casi superada forma de la catástrofe, pudiera retrasar la revolución; ahora Mussolini, en los preludios de la guerra mundial, manifiesta la seguridad de que «si la burguesía desencadena un gran enfrentamiento entre pueblos, es que está jugando su última carta y está llamando a escena aquello que Marx denominó el sexto gran poder: la revolución social».⁹⁷

No cabe duda: es correcto decir que, en Mussolini, teoría y práctica de la lucha de clases son de un estilo radicalmente marxista. Y, sin embargo, ésta es sólo una de las mitades.

Y es que Mussolini, para explicar la propia lucha de clases y sus protagonistas, se ayuda una y otra vez de categorías que aportan a sus afirmaciones una curiosa ambivalencia.

La idea de un «pequeño núcleo decidido y audaz» como conductor de la lucha es algo que encuentra confirmación en la teoría y en la práctica marxistas; no ocurre así con la idea de «la masa, numerosa pero caótica, amorfa y cobarde»⁹⁸ que se le contrapone. De algo no cabe duda: si pensamos en el desprecio que Marx manifestó siempre por el «propietario», o si pensamos en la desesperación de Lenin ante la «elemental violencia pequeñoburguesa-anarquista» (que cada vez más se le antojaba más el verdadero enemigo)⁹⁹, sí se podría decir que Mussolini no anda muy lejos de Marx y Lenin en su concepción de la masa. Pero la diferencia se hace evidente cuando Mussolini habla de que está comenzando a

⁹³ V, 69.

⁹⁴ I, 116.

⁹⁵ Lenin I, 508.

⁹⁶ V, 346.

⁹⁷ V, 121.

⁹⁸ II, 75.

⁹⁹ Lenin II, 819.

imponerse «una profunda concepción aristocrática del socialismo»¹⁰⁰. Claro que el socialismo de Marx y el de Lenin es «aristocrático». Para Marx los comunistas son la parte más decidida y consciente dentro del movimiento de trabajadores; Lenin habla de la «vanguardia robusta y dura como el acero»¹⁰¹. Sin embargo, el uso del lenguaje no es algo fortuito. La vanguardia se contrapone a las masas en acción, pero no en esencia. No es otra cosa que la avanzadilla del grupo de la propia masa, y personifica la voluntad de esta última, también cuando la eleva con violencia para colocarla en su auténtico lugar. Hasta tal punto es la «aristocracia del asunto», que la aristocracia nunca puede ser su asunto. Es evidente que un concepto tal está cargado de futuros conflictos y dificultades. Pero Lenin se dejaba llevar por una sensación muy acertada cuando utilizaba el concepto de la aristocracia sólo en sentido negativo, para referirse a las clases altas «corruptas» entre los trabajadores de Europa occidental. De hecho, a todo grupo que hasta el momento se había calificado de aristocracia le caracterizaba el preocuparse en primera línea de sí mismo. Finalmente, el concepto de aristocracia pertenece a un mundo aristocrático —o sea, feudal, guerrero— y lleva consigo necesariamente otros de sus componentes. Lenin rompió también en el ámbito lingüístico el cordón umbilical que le unía con la antigua sociedad, por mucho que supiera utilizar las instituciones prácticas y las formas de organización de la misma —como era el caso al hablar de la jerarquía y de las organizaciones revolucionarias. Mussolini al principio opina lo mismo que Lenin. Pero su uso del lenguaje ya deja ver cuánto más cerca está del mundo espiritual del occidente europeo.

Algo muy parecido ocurre con el concepto de élite. Mussolini habla frecuentemente de la «élite proletaria»¹⁰². En este contexto se refiere ocasionalmente a Pareto. Las siguientes frases muestran de un modo curioso que, sin embargo, no se puede hablar de una influencia importante: la teoría de Pareto «es quizá la concepción sociológica más genial de la modernidad. La historia es solamente una sucesión de élites dominantes. Al igual que la burguesía ocupó el lugar de la nobleza y el clero, (...) también la burguesía será sustituida por el proletariado, por la nueva élite social. (...) La revolución burguesa ha mantenido las clases; la revolución proletaria, las suprimirá». Se trata de frases que ni siquiera muestran conocimiento del escéptico supuesto básico de Pareto.¹⁰³ Sin embargo, sería otra vez premeditado hablar de una «diferencia puramente lingüística» con Marx y Lenin. Una palabra no es algo aislado; lleva consigo toda una atmósfera.

A la atmósfera de la palabra «élite» pertenece también el concepto «minoría». Cuando Mussolini utiliza éste último, lo que pretende es crear una polémica contra los reformistas y su «socialismo infantil de la mitad de los votos más uno»¹⁰⁴. Pero es inevitable que este concepto lleve también consigo una determinada concepción sobre la esencia de la mayoría: «Las masas son estáticas; las minorías, dinámicas»¹⁰⁵. probablemente Marx y Lenin actuaron siempre según esta regla; pero nunca la habrían reconocido como verdad absoluta, o sea, como verdad «dialéctica».

¹⁰⁰ I, 70.

¹⁰¹ Lenin II, 856.

¹⁰² I, 62.

¹⁰³ I, 128.

¹⁰⁴ I, 70.

¹⁰⁵ VI, 80.

La minoría dinámica es el grupo de los «fuertes», de los «héroes» capaces de vencer. Es la revolución que «acierta con la rapidez del rayo la diferencia entre los fuertes y los débiles, entre los apóstoles y los artesanos, entre los valientes y los cobardes»¹⁰⁶; es el idealismo revolucionario previo al «día histórico»¹⁰⁷ de la revolución, capaz de desecharla y presentarla, y que de esta manera sirve para «diferenciar organizaciones de organizaciones y ganado de personas»¹⁰⁸.

Precisamente en este giro es donde ya parece que se escucha a Nietzsche. Pero sería de necios pasar por alto los paralelismos con el marxismo. Cuando Mussolini afirma que Claudio Treves sueña con un «partido de eunucos»¹⁰⁹, está utilizando exactamente la misma imagen que habrían utilizado Marx y Engels treinta años antes para referirse a las aspiraciones de ese tipo de intelectuales.¹¹⁰ ¿Acaso había para Marx y Engels algo más despreciable que la «impotencia llena de saliva»¹¹¹ de los «comunistas de ánimo»¹¹²? ¿Y acaso no era para Lenin «la fantasía la suerte de los débiles»¹¹³? ¿Acaso no habría escrito él las despiadadas palabras: «una clase subyugada que no aspire a saber manejar armas, a que la ejerciten en el uso de las armas, a poseer armas... una clase subyugada tal sólo merece ser subyugada, maltratada y utilizada como esclava»¹¹⁴?

E igualmente ocurre en la otra dirección: ¿Acaso no habría enaltecido Marx a las mujeres de la Comuna de París por ser heroicas, generosas y abnegadas como las mujeres de la antigüedad?¹¹⁵ ¿Acaso no celebraba Lenin el heroísmo de «los batallones de hierro del proletariado»¹¹⁶?

A pesar de todo: el marxismo es tan poco antibélico, antiheroico y filantrópico, como la ideología de los señores, de los vencedores, de los jóvenes, de los fuertes. No lo será nunca; tampoco con Mussolini. Y aún así, el ligero desplazamiento del acento deja ver una flexibilidad que puede ocultar en su regazo desarrollos sorprendentes.

Esta flexibilidad salta a la vista cuando Mussolini define el movimiento socialista como un ataque de los «bárbaros». Tras unos enfrentamientos en Rávena, en que los republicanos llamaron bárbaros a los campesinos, Mussolini hizo esta publicación en su periódico: «¡Adelante! ¡Arriba los bárbaros de Rávena! Arriba todos los explotados que se alzan con el gesto destructor de los bárbaros. Yo tengo una idea bárbara del socialismo —lo entiendo como el máximo acto de negación y de destrucción que ha conocido la historia... Adelante pues vosotros, nuevos bárbaros... Vosotros, al igual que todos los bárbaros, sois los precursores de una nueva civilización»¹¹⁷.

El *ricorso* bárbaro con el que rejuvenece una cultura que había envejecido:

¹⁰⁶ V, 114.

¹⁰⁷ V, 268, 271.

¹⁰⁸ IV, 156.

¹⁰⁹ V, 91.

¹¹⁰ M.E. II, 456.

¹¹¹ M.E. II, 322.

¹¹² M.E. II, 328.

¹¹³ Lenin I, 663.

¹¹⁴ Lenin I, 879.

¹¹⁵ M.E. I, 501.

¹¹⁶ Lenin II, 392.

¹¹⁷ III, 66.

algo así suena más a Vico (al que Mussolini no menciona ni una sola vez) que a Marx. Claro está que tampoco para Marx los proletarios son lo que se dice unos «ídolos». Más bien los considera «la deshumanización consciente de su deshumanización»¹¹⁸. También Lenin escribe que el proletariado «será continuamente arrojado al abismo del empobrecimiento, embrutecimiento y degeneración totales»¹¹⁹. Pero, precisamente por eso, los proletarios no son «bárbaros». Su embrutecimiento es el resultado de toda la historia; la cualidad salvaje de los bárbaros es anterior a cualquier historia. El concepto que Marx tenía del proletariado estaba muy por encima de lo que podía representar la concepción ideal de bárbaros «buenos», «originales», «con futuro». El origen de su concepto no está en la filosofía vital del eterno crecer, florecer, marchitar y volver a crear; más bien está en una filosofía trascendental en cuyo comienzo y final se encuentra lo absoluto. Para Marx, el proletario es el hombre a quien la fuerza de la historia le ha privado de su realidad; ese es precisamente el motivo de que ahora se encuentre a punto de dar el paso hacia su realidad auténtica y universal (comunista), y con ello tiene la oportunidad de acabar con el carácter que la historia ha tenido hasta el momento. Quien le considere un bárbaro no se está basando en lo prioritario, no acierta a comprender de lo que realmente se trata.

No resulta difícil ver por qué Mussolini tiende a equivocarse así con la concepción marxista. Se explica por la influencia de la poderosa línea que marca el pensamiento europeo, y que si bien se acerca al marxismo en algunos aspectos, también se le opone en la intencionalidad última. Mussolini no dudaba en remitirse a ella expresamente: «El concepto clásico de revolución encuentra un elemento de vitalidad en la tendencia actual de la filosofía. Nuestra concepción está rejuveneciendo. El reformismo, en cambio —ese sabio y conveniente reformismo evolucionista, positivista y pacifista— está condenado a envejecer y derrumbarse»¹²⁰. Se trata de la «filosofía de la vida» que Mussolini proscribió, de esa filosofía que tiene su centro de mayor influencia en las aulas de la Sorbona de Bergson, desde donde influye directamente sobre Sorel, Péguy y la juventud intelectual de Francia; es la filosofía que, como por generación espontánea, brota repartida por toda Europa, de diversas maneras y llena de contradicciones, creando una atmósfera a la que nadie se puede resistir: vía principal de todo activismo mental, fuente para toda nostalgia de renovación, esperanza de la poesía, caldo de cultivo de la ciencia. Nietzsche ya la había anticipado en aspectos esenciales; pero en la época anterior a la guerra lo que más influía de su pensamiento era lo que se adaptaba a la atmósfera del momento. Y en primer lugar son las influencias no específicas de Nietzsche las que le permiten a Mussolini explicar mediante categorías de la filosofía de la vida una parte del marxismo. Cuando *Die Neue Zeit* le llama bergsoniano, él no rechaza la denominación y contesta así: «Hasta ahora no he encontrado ninguna incompatibilidad directa entre Bergson y el socialismo»¹²¹.

Si entendemos esta frase en un contexto universal general, en el que para Mussolini sólo tiene un sentido justificatorio, no le podemos negar una legitimación. También el marxismo es, en cierto sentido, una «filosofía de la vida». ¿No

¹¹⁸ MEGA I, 3, 206.

¹¹⁹ Lenin I, 415.

¹²⁰ IV, 154.

¹²¹ VI, 249-250.

se refiere «la dialéctica de las fuerzas de producción y las condiciones de producción» a la relación antitética entre la vida presente y la pasada? ¿No significa «revolución» la solución del antagonismo básico en la propia vida humana? ¿Y no está utilizando el propio Marx las categorías más habituales de la vida cuando dice: «No sólo sufrimos por los vivos, sino también por los muertos. *Le mort saisit le vif*»¹²²?

Claro está: «Vida» es igual que «Naturaleza», una palabra de la que se pueden hacer muchas interpretaciones. El concepto de Bergson se aproxima al «desarrollo creador» de vida biológica; para Nietzsche, vida significa originariamente «cultura»; Marx, en cambio, sigue las huellas de Hegel en dirección a la historia entendida «de un modo trascendental».

Pero, sea como sea: el desarrollo del pensamiento marxista se ha ido formando mediante la confrontación permanente de los conceptos del maestro con los conceptos y conclusiones de otros pensadores; de este modo se han ido aclarando y completando. Engels ya se preguntaba por la relación entre Marx y Darwin; Kautsky hacía lo mismo con Marx y Spencer; Lenin, a su vez, con Marx y Mach. Si partimos de estos supuestos, no podemos cuestionar la legitimidad de la pregunta sobre la relación entre «Marx y Bergson», que va a llevarnos a otra más difícil y esencial: «Marx y Nietzsche».

Es el espíritu de la filosofía de la vida el que le lleva a Mussolini a decir que el socialismo debe volver a ser «movimiento, lucha, acción»¹²³, y que tiene que desligarse de la «concepción idílica, arcaica y pacifista»¹²⁴ propia de los reformistas. Es el espíritu de la filosofía de la vida lo que le hace repetir a cada momento aquellas palabras de Guyau que dicen: «*Vivre ce n'est pas calculer, c'est agir*»¹²⁵.

Todo esto no es de ningún modo antimarxista. Marx ya lo había formulado casi todo de un modo parecido o incluso mejor. Y el propio Lenin no se había podido resistir por completo a la influencia de la nueva terminología.¹²⁶ A quien siempre hubiera visto el marxismo con ojos deterministas le sonaría a herejía bergsoniana cuando Mussolini hablaba de los «cambios repentinos» que pueden provocar que la sociedad humana «dé inesperadamente un asombroso salto adelante»¹²⁷. Al compararlo con lo que Lenin decía sobre las «maravillas» de la revolución¹²⁸ o sobre los «repentinos cambios de la historia»¹²⁹, sin embargo, la paradoja deja de serlo.

No ocurre lo mismo con una frase como la siguiente: «Quien dice fecundación está diciendo herida. No hay vida sin derramamiento de sangre»¹³⁰. Toda doctrina que parte de la contemplación de la vida orgánica y de la generalización de sus rasgos fundamentales resultará finalmente opuesta al marxismo —por mu-

¹²² M.E. I, 424.

¹²³ III, 206.

¹²⁴ V, 67.

¹²⁵ P. ej. II, 53.

¹²⁶ En una ocasión, p. ej., Lenin equipara «razonar» con «lejanía de la vida» y con «rigidez de la muerte» (I, 470); compara la impetuosa y aleccionadora violencia de la revolución con la «por lo general indolente vida» (II, 76); combate la idea burguesa de que el socialismo es «algo muerto, entumecido» (II, 235); y llega incluso a utilizar el término «revalorización de todos los valores» (I, 579) (cf. también *Anm.* 2, 3, p. 280).

¹²⁷ V, 90.

¹²⁸ Lenin I, 508; I, 887.

¹²⁹ Lenin I, 887.

¹³⁰ VI, 248.

cho que en algún momento hayan ido cogidas de la mano. El marxismo presupone un estado que no encuentra paralelismo en la vida biológica. La sociedad sin clases no significa otra cosa que un paso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Es la «anti-naturaleza», si entendemos por «naturaleza» el dominio de los rasgos animales y orgánicos fundamentales de la vida. Nada resulta más fácil que justificar la eternidad y necesidad de la guerra como una consecuencia de la esencia de la «vida», tal y como lo hizo Max Scheler en su libro *El genio de la guerra*.

Así es como se acerca Mussolini a aquellas consecuencias de la filosofía de la vida que no habría podido defender como marxista. En un primer giro ya se manifiesta claramente la peculiar dificultad de su postura: el marxismo ha sustituido el concepto cristiano de la renuncia por el de la conquista; el de la lucha por existir, por el entendimiento (*intesa*) en el existir.¹³¹ En la primera parte de la frase parece que se pone al marxismo por debajo de la filosofía de la vida; ésta, sin embargo, queda decapitada en la segunda parte. Mussolini llega a ver la frontera, pero no la sobrepasa de ningún modo. ¿Y acaso no sería también una frontera y una consecuencia inevitable de la filosofía de la vida aquella frase del reformismo pronunciada por Bernstein que dice «el movimiento lo es todo; la meta, nada»? Es el aferramiento a la idea socialista del objetivo final (a la «finalità») lo que le impide a Mussolini, por mucho que se acerque a la filosofía de la vida, llegar a ser de verdad un seguidor suyo.

2. El objetivo final socialista no es un ideal concebido de un modo libre, sino que se ha desarrollado a partir de una adversidad que es independiente de la carrera y el transcurso de la vida de cada individuo. Una característica significativa del socialismo científico era subrayar el momento de la necesidad y de la adversidad. En esa línea tuvo que abrirse camino frente a las visiones de futuro proclamadas por los utopistas —exageradas y con bastante frecuencia excéntricas— y frente a su llamamiento bonachón a benefactores y mecenas. A comienzos del siglo XX, sin embargo, la situación era muy diferente. La rueda del destino llevaba mucho tiempo siendo el dios de la época, pero no parecía estar nada claro hacia dónde rodaba. Siendo así, se comprende que Mussolini no insistiese mucho en la idea de la fatalidad como origen de toda finalidad. Sí es, no obstante, una condición previa que se da por supuesta, y cuando se formula de una manera explícita, se hace con una radicalidad digna de mención: «Cuando la roca se desprende de la montaña, se precipita en el vacío siguiendo la ley de la gravedad, y lo hace sin tener en cuenta que durante su caída puede aplastar a una rana o a una hormiga. Del mismo modo, al proletariado —obedeciendo la ley marcada por su destino— ni puede ni debe preocuparle la posibilidad de erradicar intereses contrarios o someter capas y clases intermedias; el proletariado debe usar la violencia del ímpetu revolucionario para aniquilar las instituciones que forjan y refuerzan las cadenas de su esclavitud»¹³².

Así pues, el ideal no es otro que el sentido del propio proceso histórico que sale a la luz en la voluntad razonable de una clase sobresaliente. Pero este sentido trasciende el movimiento que lo lleva a efecto, porque conduce a un estado que

¹³¹ I, 139.

¹³² I, 71.

se distingue por principio de todos los estados habidos hasta el momento. Mussolini defiende la característica más significativa del socialismo cuando habla en contra de los reformistas: «Bonomi proclama: ‘¡ Nada de metas ! ¡ Nos basta el movimiento!’». Pero, ¿de qué movimiento habla? También el *delirium tremens* es un movimiento»¹³³.

El conjunto de metas del socialismo es lo que determina el carácter del proceso natural que las causa, y Mussolini lo describe de un modo absolutamente ortodoxo.

El socialismo es, en primer lugar, «el traspaso de los medios de producción e intercambio al colectivo proletario»¹³⁴, acabando así con la paradoja que supone el que los productos del trabajo colectivo sean de propiedad privada.¹³⁵ Mussolini exige sin límites la «expropiación a la burguesía». En su opinión, ésa es la condición previa para que surja una «asociación» que excluya la de las clases.¹³⁶ Sólo una asociación así puede hacer realidad la «felicidad» de todos los hombres, porque representa la «sociedad de los libres e iguales»¹³⁷. Ella significa «la desaparición definitiva de la explotación del hombre por el hombre»¹³⁸ y, con ello, el final de la «prehistoria de la humanidad»: «El socialismo tenderá el puente entre el hombre animal y el hombre humano, el puente entre la prehistoria y la historia, el puente que lleva a la humanidad de la lucha por la existencia a la confraternización en la existencia»¹³⁹.

Estas explicaciones no se distinguen de las que hacían Marx y Engels. Pero sí cobran más fuerza que con Marx, quien siempre las relegaba a frases secundarias, impidiendo de ese modo el que se las considerase como motivo dominante en su pensamiento. La diferencia se entiende fácilmente si consideramos la diferente situación histórica. Sin embargo, hay una concepción marxista muy significativa que no encontramos en ningún momento en Mussolini: se trata de la del «hombre total», que ya no está sometido a la división del trabajo y, como consecuencia, vuelve a afrontar como sujeto y de un modo soberano todas las objetivaciones sociales. Esta concepción, como mucho, asoma de un modo apenas perceptible en la exigencia de que «el individuo se libere intelectual y espiritualmente»¹⁴⁰. Pero tampoco esta diferencia es fortuita. Aquella idea había sido fundamental en la obra más temprana de Marx; pero él mismo le había quitado peso en *El capital* frente al postulado de «la disponibilidad absoluta del hombre para afrontar necesidades de trabajo cambiantes»¹⁴¹. ¿Y quién de entre sus discípulos y seguidores volvió a rescatarla con todo su peso? En todo caso, Lenin, al afirmar que las funciones del Estado se simplificarían en el futuro tanto que «cualquiera que no sea analfabeto»¹⁴² podrá gobernar el Estado. Ciertamente es que la abolición de la falta de relación del individuo con el todo constituye un motivo esencial en el pensamiento y obra de Lenin; pero esa máxima no ha de ser consi-

¹³³ V, 24.

¹³⁴ V, 134.

¹³⁵ VI, 80.

¹³⁶ III, 5.

¹³⁷ V, 304.

¹³⁸ I, 138.

¹³⁹ III, 312.

¹⁴⁰ VI, 41.

¹⁴¹ I, 453.

¹⁴² Lenin II, 190.

derada más que como afirmación táctica en un momento muy determinado. Y, por lo demás, seguramente Marx no opinaba que el «Estado» debiera ser simplificado al nivel de un analfabeto, sino que el analfabeto debía ser formado al nivel del «Estado» para, de este modo, superar al «simple» analfabeto.

No sorprende que Mussolini ya no acceda a aquellos aspectos de la obra marxista que mejor muestran la relación de Marx con la filosofía del idealismo alemán. En esto coincide con la mayoría de sus contemporáneos.

Pero su agudo sentido para captar los nuevos desarrollos le permite complementar con algunos colores vivos la visión de futuro marxista.

Mussolini celebra con palabras entusiastas los primeros vuelos de ensayo hechos por Latham y Blériot,¹⁴³ ya que con ellos se anuncia una «aceleración de nuestro ritmo de vida»: «Elévese sobre la duna de Dover la piedra que anuncia el acontecimiento, un monumento que no es la glorificación de una matanza sino un símbolo de paz. Sí, el mezquino odio nacionalista desaparece ante la victoria del pensamiento sobre la materia, del hombre sobre la máquina; nos sentimos llevados a una vida rica, armónica, vertiginosa, universal... ¡Que se acabe el dominio fraticida del hombre sobre el hombre!; ¡que venga el dominio del hombre sobre la naturaleza, sobre la vida, sobre el Universo!»¹⁴⁴. Por ello describe el socialismo como una sociedad «en la que la vida (*la civiltà*), dominada por el rito de las máquinas, será más intensiva y frenética»¹⁴⁵. No será una sociedad para artistas, soñadores y filósofos: «Las musas, pálidas habitantes del Parnaso, quizás están temiendo que los nuevos titanes entren victoriosos en el Olimpo rompiendo la lira del ocio. Y es que los hombres de hoy ni quieren ni pueden ya cantar. Quieren actuar, producir, triunfar sobre la materia, disfrutar el triunfo que espanta las ilusiones, que multiplica las energías de la vida y que empuja hacia otras metas, hacia otros horizontes, hacia otros ideales»¹⁴⁶.

Marx había hecho la observación de que la sociedad capitalista era enemiga del arte;¹⁴⁷ pero también presuponía implícitamente que la sociedad socialista traería consigo un nuevo y hasta entonces no visto florecimiento del arte. Esta idea se da en Mussolini con menor fuerza aún que la del «hombre total». Lo que Mussolini no toma de la visión de futuro de Marx es tan revelador como lo que a ella añade. Este hecho, no obstante, procede más del carácter epocal que de su propia persona.

Y también se explica más por el carácter de la época que por la persona en sí el que se plantee la pregunta acerca del *significado del ideal*. Porque es precisamente la posesión del ideal lo que distingue al revolucionario del reformista: «El ideal —nuestro objetivo final— es lo que nos pone un sello inconfundible, lo que nos diferencia de los demás, de quienes se agotan en la lucha por el beneficio inmediato»¹⁴⁸. La realidad correspondiente a cada momento sólo se puede superar

¹⁴³ Se podría señalar que, por la misma época, Marinetti y sus futuristas (que más tarde serían importantes para la intervención y para el fascismo) entonaban parecidos himnos por el progreso técnico. Sin embargo, tanto en éste como en otros casos parecidos hay que ver sólo hechos paralelos y no influencias, y ello aun suponiendo que se tuviera «conocimiento».

¹⁴⁴ II, 194-195.

¹⁴⁵ VI, 82.

¹⁴⁶ II, 240.

¹⁴⁷ *Teorías sobre la plusvalía*, 1905 (en el original, p. 382).

¹⁴⁸ III, 19.

bajo el signo del ideal. Esto quiere decir que el «idealismo» no es una concepción filosófica especial, más allá de la relación entre naturaleza y espíritu; para Mussolini, el idealismo es el carácter de la concepción (la síntesis) filosófica y política como tal: «Por ello nuestro idealismo nos lleva a descuidar el hoy en favor del mañana, a ver todas las cosas *sub specie aeternitatis*, a interesarnos por los grandes problemas... y siendo así habrá quien sonreirá de un modo burlón: 'deja a un lado los mensajes de salvación, baja de las nubes, aférrate a la realidad'...»¹⁴⁹.

Esto es precisamente lo que significa la carencia de ideal: adaptación a la «realidad», a las circunstancias dadas. Habrá quien se adule creyendo que puede dominar y cambiar esa realidad; pero lo cierto es que uno se convierte en su esclavo, se entrega vencido a su despiadada ley. Por eso Mussolini utiliza su periódico para atacar el discurso de Bissolati en el Congreso de Milán; denuncia que en él faltaba «el acento que le correspondería al futuro»¹⁵⁰. Por eso también, tras el estallido de la Guerra de Libia, dibuja la imagen del renegado con una saña sin parangón; la imagen de quien ha justificado esta guerra y que ahora deberá andar el camino de la conformidad con cualquier realidad de esta sociedad.¹⁵¹ Quien le está sirviendo como ejemplo es Paolo Orano —que más tarde será uno de los escritores fascistas más famosos—: «En opinión de Paolo Orano, la guerra turco-italiana es 'bonita, buena, liberadora, casi santa'. Paolo Orano siente la necesidad de tirar del tartarinesco nacionalismo italiano... Paolo Orano niega con el gesto desvergonzado del bufón experimentado todo lo que dijo y escribió en sus quince años de actividad revolucionaria contra el militarismo, y entona un himno por la gloria del sable asesino... Dentro de poco Paolo Orano será también un gran filósofo, diplomado y reconocido por las fuerzas de la monarquía. ¡Que se quede en los cementerios de los hombres carentes de dignidad!»¹⁵².

Con todo ello, no es correcto explicar el desarrollo posterior de Mussolini mediante su «idealismo»¹⁵³. Lo que él destaca explícitamente como idealismo es un carácter fundamental tan evidente para el marxismo, que no se hace hincapié en él *ex profeso*. Para Marx, un carácter fundamental burgués es «considerar como realidad el interés que se tiene justo delante de las narices»¹⁵⁴. Él mismo, sin embargo, no es un «político realista»¹⁵⁵. Marx prefirió hablar de «materialismo» para resaltar mejor que su giro en contra de la «realidad» no significaba un sueño utópico o una soberbia voluntarista, sino que convenía precisamente con la tendencia más profunda de la realidad. Pero la diferencia en la terminología sólo

¹⁴⁹ V, 211.

¹⁵⁰ III, 254.

¹⁵¹ Resulta muy interesante una predicción que hace Mussolini en julio de 1911, o sea, antes de la guerra libia, sobre el desarrollo futuro del sindicalismo: «Si no se limita al campo de los trabajadores, vivirá la vida efímera de los libros; y terminará siendo una caricatura teística, patriótica, nacionalista, liberalista y antisocialista. El ejemplo de Georges Sorel es muy significativo. Este hombre se ha pasado —casi impunemente— de las teorías sindicalistas a las de *camelots du roi*» (IV, 46).

¹⁵² IV, 191-192.

¹⁵³ El siguiente fragmento muestra claramente lo poco que ese «idealismo» excluye un «materialismo» político: «Debemos tener el valor de proclamar que planteamos la 'cuestión del estómago'. Acabemos de una vez con el idealismo corrupto de algunos politicastros amarillos. Acabemos con la metafísica del 'deber' que ha sometido a los hombres a los empresarios, a los curas, a la ley. La igualdad religiosa es una ilusión; la igualdad política, una mentira: queremos la igualdad económica... ¡Lo primero es el pan en la mesa del pobre, un buen pan, un pan blanco! ... ¡Que venga luego el alfabeto!» (III, 311-312).

¹⁵⁴ M.E. II, 429.

¹⁵⁵ M.E. II, 431.

puede ocultar la identidad de la intención si se mira por encima. Y mientras que a Marx difícilmente se le puede malentender en una dirección, en el otro aspecto está expuesto a mayores dificultades. Porque si ponemos el acento exclusivamente en la objetividad del desarrollo, habremos de llegar en algún momento a una confesión tan desconcertante como la que hace Marx en una circular dirigida contra Bakunin: «Los ingleses cuentan con todas las premisas materiales necesarias para la revolución socialista. Lo que les falta es el espíritu de la generalización y la pasión revolucionaria»¹⁵⁶. La forma confusa que Marx había dado a la frase de su subconsciente se venga del marxismo por doquier. La frase «la determinación de la clase trabajadora... es un factor que trae consigo la decisión, la victoria»¹⁵⁷, pronunciada por Lenin durante la revolución, no es otra cosa que un idealismo extremo y descubierto; sólo la fijación dogmática en el uso del lenguaje para la designación de posiciones metafísicas puede, y con dificultad, llevar a engaño. Esta dificultad la evita Mussolini; pero el precio que debe pagar es enredarse en una nueva ambivalencia.

Cuando se relega a un segundo plano la idea de que el socialismo se acerca con la férrea inevitabilidad de la ley de la naturaleza, y de que este acercamiento se puede apreciar con una exactitud científica, se ha de poner todo el énfasis en el convencimiento, la firmeza y la creencia de sus seguidores.

En un primer momento, Mussolini parece pronunciar sólo aquello que siempre había sido una condición previa evidente: el socialismo debe ser «abnegación, fe, sacrificio, heroísmo»¹⁵⁸. Sin embargo, no anda muy lejos de un giro que le lleva una vez más al terreno de la filosofía de la vida, si bien desde otra dirección: «Estamos recorriendo un periodo de practicismo y tecnicismo que nos ahoga. Ya nadie quiere oír hablar de ideales lejanos. Quien tiene la palabra son los números, los libros de contabilidad, los balances. Por todas partes se proclama la práctica, la técnica (*praticità, tecnicità*), la progresión. Nos encaminamos a una humanidad mecánica y mecanizada, sutil (*raziocinante*) hasta la desesperación, hasta la extinción de los valores sentimentales (*valori sentimentali*) que tanta importancia han tenido en la historia... Queremos que el primero de mayo —con la eficacia del símbolo— les dé a los que sufren un sentimiento de vida heroico»¹⁵⁹.

Cabe ver irracionalismo y romanticismo asomando en estas palabras. Pero se debe recordar que para Marx no había ninguna cuestión tan importante como la de aclarar si los hombres se adaptan al autómata como una mera rueda funcional o si bien dominan el mecanismo.¹⁶⁰ También se debe recordar que él tenía la esperanza de que la futura asociación sin clases restablecería también «la relación íntima con la tierra»¹⁶¹, y que la obra de Marx no puede ser de ningún modo entendida bajo la alternativa de racionalismo o irracionalismo. Y si bien es cierto que en el caso de Mussolini se abre paso una nostalgia «romántica» por el pasado, ésta no se orienta hacia los caballeros y nobles, sino hacia Andrea Costa y los

¹⁵⁶ *Briefe an Kugelmann*, Berlin, 1953, p. 102.

¹⁵⁷ Lenin II, 658.

¹⁵⁸ IV, 182.

¹⁵⁹ III, 364.

¹⁶⁰ *Cap. I*, 385.

¹⁶¹ MÉGA I, 3, 78.

comienzos del socialismo italiano: «Nos llega la nostalgia por el socialismo heroico de la primera época; ese que los prácticos y los maduros quieren dar por superado»¹⁶².

De todo esto resulta un cambio de acento a favor de la «mentalidad» que Marx, a buen seguro, habría ejecutado con reparos. Lo que divide a las partes no es una ley de una tabla; es la mentalidad: «Nosotros, los socialistas, tenemos una mentalidad realista y materialista que nos lleva a insistir en el conflicto económico entre clases... Los republicanos, en cambio, son idealistas y unos fanáticos de la educación que niegan las clases»¹⁶³. Esto parece ser, de hecho, una curiosa y profunda inversión. ¿Acaso no es la mentalidad lo que configura la clase y no la clase lo que configura la mentalidad? ¿Acaso no pone Mussolini el marxismo patas arriba? Sin embargo, lo único que él quiere decir es que la mentalidad lleva al sentido de clase y a la voluntad a extraer de ella determinadas consecuencias; los republicanos han salido, en general, de las mismas capas que los socialistas. Y de este argumento de la mentalidad nadie ha hecho posteriormente un uso tan excesivo e incontrolado como los comunistas frente a los socialdemócratas.

No se sitúa aquí el punto crítico. Aparece más claramente allí donde la «fe», desligada de toda realidad, parece declararse como base de la realidad: «¿No podría reducirse el socialismo a un teorema? Queremos creer en él, tenemos que creer en él, la humanidad necesita un credo. Es la fe lo que mueve montañas, porque provoca la ilusión de que las montañas se mueven. La ilusión es tal vez la única realidad de la vida»¹⁶⁴.

De este modo surge el mito —el mito tardío europeo— que presupone el escepticismo que quiere superar. Pero, en el caso de Mussolini, éste no surge de la intranquilidad de quien no tiene fe, de quien busca la fe como busca el enfermo la medicina. Lo que Mussolini hace es más bien llevar sus convencimientos al mito o a la «ilusión» para evitarles así la crítica científica. Medio siglo de historia y crítica no habían pasado por el marxismo sin dejar huella. Por otra parte, éste había demostrado una fuerza que ninguna doctrina científica había podido evidenciar ni por asomo. Modificando unas palabras de Sorel, se podría decir que el marxismo fue la última fe que se dio en Europa. Pero llegó a una encrucijada en el momento en que se hizo consciente de tal carácter. En esa encrucijada está Mussolini; en esa encrucijada estuvo Sorel; pero también Lenin y Kautsky dieron su respuesta.

Una vez más Mussolini se aproxima de cerca a la frontera donde acaba necesariamente el marxismo y comienza la filosofía de la vida; ello ocurre cuando dice: «Toda finalidad es un acto de fe»¹⁶⁵. Y precisamente es su confianza lo que mejor evidencia un posible cambio brusco: «¡Qué cantidad de vida! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué fuerza hay en nuestras filas!»¹⁶⁶. ¿Qué ocurrirá, si un día hay en otras filas más vida, más entusiasmo, más fuerza? ¿Se convertirá entonces la intensidad de la fe en la medida de validez? ¿Tendría razón otro partido sólo por mostrar la mayor «vitalidad» en la lucha en las calles?

¹⁶² V, 71.

¹⁶³ VI, 85.

¹⁶⁴ IV, 174.

¹⁶⁵ V, 122.

¹⁶⁶ VI, 57.

No obstante, si bien es cierto que Mussolini se vuelve a acercar a la frontera, también lo es que no la pasa. Las manifestaciones aisladas han de ser remitidas al conjunto. Y entonces se evidencia que su marxismo es lo suficientemente sólido como para poder controlar cualquier carrera hacia la frontera. Ni su concepción de la lucha de clases ni la de la finalidad socialista están solas: a ellas se añade su internacionalismo; sólo el la compenetración cambiante de los momentos es lo que constituye el conjunto.

3. La lucha de clases o la finalidad no son meros puntos de programa; el internacionalismo, tampoco. El internacionalismo está resuelto más bien en la realidad de las circunstancias, aunque la pura realidad del día lo oculte a veces.

«La industria, el comercio, las invenciones económicas, las asociaciones políticas y, por último, la organización de los trabajadores derriban las fronteras»¹⁶⁷. Tampoco la burguesía tiene patria: «La actividad capitalista ha roto las fronteras en el campo económico, imponiendo en todas partes su modo de producción; desde hace tiempo, el internacionalismo de pensamiento se ha desarrollado en el campo de la cultura»¹⁶⁸. En sus comienzos, Mussolini extrae de estas premisas la conclusión de que la guerra, por lo menos en Europa, se ha hecho imposible. Poco después, sin embargo, exige que la guerra se transforme en una guerra civil (al igual que Lenin). Un cambio de tal calibre no puede representar un acontecimiento aislado: la revolución socialista ha de ser necesariamente una revolución internacional.¹⁶⁹

Dentro de una misma realidad se encuentran las mismas clases, pero de un modo diferente. Mientras que el proletariado vive en consonancia con la realidad internacional, la burguesía traiciona su propio universo. La expresión de su traición es el nacionalismo: «Estos nacionalismos son sólo intentos, medios de distracción por parte de la burguesía para retrasar, sea por un año o por un día, el gran acontecimiento que marcará el final de la prehistoria de la humanidad»¹⁷⁰. Mussolini se enfrentó desde su primera aparición en 1910 con los *fanfarone*¹⁷¹ del nacionalismo italiano; nadie lo habría podido hacer de un modo más desfavorable y despectivo: «¡Monarquía, ejército, guerra! Esos son los tres faros espirituales e ideológicos en torno a los cuales se han reunido las mariposas del nacionalismo italiano —retrasados mentales. Tres palabras, tres instituciones, tres absurdos»¹⁷². Decisivo es que Mussolini siempre ve en el nacionalismo un fenómeno de clase. Ese es el motivo que le lleva, tras el estallido de la guerra libia, a «preguntar a Karl Marx» dónde hay que buscar las causas de esta guerra. Y de la mano del maestro las encuentra, simplificándolo de un modo radical, en el «determinismo económico» de los intereses del *Banco di Roma*.¹⁷³ A Mussolini no le resulta casual que este banco pase por ser clerical; es que el nacionalismo burgués sabe aliarse con todos los antiguos y caducos poderes de la sociedad. Estos son los primeros que hay que apartar. Por ello el anticlericalismo, que no se acobarda

¹⁶⁷ II, 169.

¹⁶⁸ II, 169.

¹⁶⁹ V, 145.

¹⁷⁰ III, 281.

¹⁷¹ V, 310.

¹⁷² III, 280.

¹⁷³ IV, 75.

ante ninguna calumnia, es el rasgo más determinante en la primera etapa de Mussolini. Pero él, a diferencia de Lenin, no encuentra en su propio país el dominio de un feudalismo casi teocrático. No importa lo enérgico que sea su antimonarquismo: él no ve al enemigo real y fuerte en la medioburguesa casa real italiana, que había mantenido una relación relativamente buena con el movimiento liberador nacional y burgués. Para él, el enemigo es más bien Austria: imperio feudal-clerical, un anacronismo viviente cuya política expansionista en los Balcanes amenaza la paz mundial. Y precisamente a este enemigo se ve unida Italia por la Triple Alianza. Cuando la Alianza se renueva en 1912, Mussolini publica las siguientes palabras en uno de los primeros artículos que escribe tras hacerse con la dirección del *Avanti*: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde nos terminará llevando la política de Viena y Berlín, cuyos gobiernos acechan intranquilos con ojos de lince buscando todas las razones y pretextos para un conflicto? Esto es lo que se pregunta atemorizado el proletariado, cuyos intereses son sólo la paz y la civilización, frente a las guerras y las aventuras más o menos fructuosas del imperialismo nacionalista»¹⁷⁴. El profundo y permanente rechazo de Mussolini ante el «pacto imperial» de la Triple Alianza¹⁷⁵ es totalmente comprensible desde sus presupuestos marxistas; no precisa de un recurso basado en experiencias personales o influencias enigmáticas que, si bien se suponen *ex eventu*, no se han plasmado sin embargo en su actuación pública.

Comparativamente, Mussolini le presta poca atención a la forma más moderna y completa del nacionalismo: a las actuaciones coloniales, al auténtico imperialismo de las potencias mundiales. Ciertamente nombra y cita la obra de Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*,¹⁷⁶ pero buscando en ella sobre todo una confirmación de su propio antimilitarismo. Habla de los «gobiernos rapaces de occidente»¹⁷⁷. Reseña de un modo detallado y concordante el libro de un francés que critica el dominio francés en Argelia. Con todo y en conjunto, su atención se centra más en los heridos supervivientes, y en la poco significativa apariencia italiana del nacionalismo, que en sus más modernas y consecuentes figuras. Pero tampoco Lenin habló mucho del Imperialismo antes de 1914; su libro más famoso no lo escribió hasta después del estallido bélico. En cambio, Mussolini insiste más que Lenin en el consciente carácter antisocialista del nacionalismo: «Cuando los ciudadanos entonan sus himnos a la guerra, están en guardia. Lo que quieren es la guerra por la guerra. Ese es el *arrière-pensée* de estos señores: la guerra que los libera del socialismo mientras éste sea una joven rama fácil de romper»¹⁷⁸.

A la traición burguesa le corresponde la respuesta proletaria. Ésta consiste, en primer lugar, en resistirse a la tentación refinada que ejerce la burguesía, reconociendo los «bancos de niebla del romanticismo patriótico»¹⁷⁹ como lo que son: medios de lucha de la clase enemiga. La patria es para el antipatriotismo

¹⁷⁴ V, 17.

¹⁷⁵ V, 17.

¹⁷⁶ VI, 5-6. En una observación hecha el 1 de julio de 1913 se puede ver cómo valora Mussolini su posición dentro del socialismo europeo: «Hay una izquierda extrema en el socialismo alemán —representada por el diario *Leipziger Volkszeitung*— que tiene muchos aspectos en común con nosotros» (V, 209).

¹⁷⁷ IV, 204.

¹⁷⁸ IV, 233-234.

¹⁷⁹ I, 120.

proletario «una ficción falsa cuyo tiempo ha pasado»¹⁸⁰. El proletariado supera «el concepto de patria mediante otro concepto: el de clase»¹⁸¹. Y una vez más Mussolini se remite a Marx, quien con su grito de lucha «Proletarios de todo el mundo, uníos» se ha convertido en un «destructor de la antigua ideología patriótica»¹⁸².

Algunos reformistas declararon precisamente el antipatriotismo radical de Mussolini como una aberración del socialismo. Mussolini responde a esto de un modo que permite penetrar en su interior mucho mejor que las arregladas historietas sobre su infancia y juventud que él mismo y sus partidarios relatarían más tarde: «Confesamos nuestra herejía. No podemos concebir un socialismo patriótico. En realidad, el socialismo tiene un carácter universal. Desde los primeros años de juventud, en que los grandes y pequeños libros del socialismo nos pasaban por las manos, hemos aprendido que en el mundo sólo hay dos patrias: la de los oprimidos y la de los opresores. Para vosotros, reformistas de derechas, la patria es una especie de fetiche que puede ser implorado por todos. Para nosotros es un fetiche que, como todos los demás, no merece compasión»¹⁸³.

Pero con la resistencia intelectual no basta. La burguesía no se conforma con la propaganda. Pasa a la acción, lo que significa que va a la guerra. Mussolini tiene clara la respuesta del proletariado: «En caso de guerra, desencadenaremos la resistencia en el interior en lugar de correr hacia las fronteras»¹⁸⁴. Y cuando comienza la guerra en Libia, hace un intento serio de convertir las palabras en hechos. La provincia de Forlì fue prácticamente la única región de Italia en que la guerra topó con la resistencia del pueblo (aunque fue poco más que una resistencia tumultuosa. No cabe duda de que Mussolini fue uno de los principales responsables, si bien puede ser discutible su participación concreta en los acontecimientos. El fracaso supuso para él, seguramente, una amarga decepción. Pero no le lleva a abandonar la lucha: «Quiero crear la conciencia antibélica que hoy nos falta»¹⁸⁵. Se ha desmoronado una ilusión; pero él ya mira hacia delante, hacia el «día histórico» que ha de llegar, en que la burguesía ya no quiera tan sólo dirigir una empresa colonial, sino encender el fuego mundial: «Esperemos estar preparados para entonces»¹⁸⁶.

Algunos autores fascistas —entre ellos el propio «Duce»— se propusieron la tarea desesperadamente difícil de demostrar que la imagen estridente del internacionalista Mussolini era tan sólo un retoque pasajero de un cuadro más auténtico: el que representaría al ardiente nacionalista y acertado profeta de la futura Gran Italia.

Margherita Sarfatti, por ejemplo, cuenta que Roma había sido para Mussolini, ya de niño, madre y amante: estas palabras las habría escrito una y otra vez desde su décimo hasta su decimosexto cumpleaños, con una admiración apasio-

¹⁸⁰ IV, 53.

¹⁸¹ IV, 155.

¹⁸² IV, 155.

¹⁸³ IV, 155.

¹⁸⁴ III, 137.

¹⁸⁵ IV, 199.

¹⁸⁶ IV, 235.

nada y siguiendo los dictados de una voz interior, tal y como lo hiciera una vez Johanna de Domremy antes de salir a salvar el país.¹⁸⁷

Antonio Beltramelli habla de una voz profética del padre de Mussolini en el año 1902 —en esto Beltramelli es el primero pero no el último: «Tú serás el Crispi del mañana»¹⁸⁸.

Nadie pudo ni en el pasado ni en el presente controlar tales relatos. Pero sí es posible determinar, por ejemplo, lo que Mussolini había dicho sobre Roma y sobre Crispi en su más temprana etapa periodística.

En el año 1910 Roma es para él «una ciudad parasitaria de arrendatarios, limpiabotas, prostitutas, curas y burócratas... una ciudad de vampiros que chupan la mejor sangre de la nación»¹⁸⁹.

Y su opinión sobre Crispi en una de sus primeras publicaciones no difiere de la de los otros socialistas italianos: en Crispi, Rudini y Pelloux, «artífices de baños de sangre y luchas en las calles de Italia», se ha encarnado una década de reacción.¹⁹⁰

Todos los relatos sobre la juventud de Mussolini deben verse como productos de una fantasía que construye mitos, en tanto que no puedan ser confirmados mediante declaraciones hechas antes de 1914.¹⁹¹

No obstante, también se muestran documentos. Una vez más es Margherita Sarfatti quien publica una carta escrita por Mussolini a su capitán durante el servicio militar. Lo más llamativo en ella es cuando dice: «Es bueno alabar y celebrar a los héroes que han cimentado con su sangre la unidad de la patria; pero es mejor prepararse para no ser un descendiente cobarde y para, en cambio, erigir un baluarte de cuerpos en el caso de que los bárbaros del norte intenten 'reducir Italia a una expresión geográfica'»¹⁹². Esta carta, ciertamente, es como un bloque errático entre todas las demás manifestaciones de Mussolini. Se podría entender, en todo caso, como una evidente *captatio benevolentiae* hacia las autoridades militares. Algo así no parecería inadecuado, si se considera que no hacía mucho que Mussolini había sido condenado por desertor *in absentia* (exactamente: por objeto de servicio al rehuir el llamamiento a filas marchándose a Suiza), y había podido volver a Italia gracias a una amnistía. Pero es destacable el que Mussolini se negara a mostrar a G. Megaro una copia de la carta. En consecuencia, las dudas de Megaro acerca de la autenticidad de la carta¹⁹³ deben considerarse como justificadas, en tanto que no se ponga a disposición el original.

Cuando Mussolini, tras los tumultos acaecidos al comienzo de la guerra libia, es llevado ante un tribunal, sus abogados apoyaron la defensa en la tesis de que el acusado se había opuesto a la guerra por nobles motivos patrióticos. El

¹⁸⁷ Sarfatti-Balte, p. 41.

¹⁸⁸ Beltramelli, p. 93.

¹⁸⁹ III, 190-191.

¹⁹⁰ I, 15.

¹⁹¹ La autobiografía extraordinariamente realista que escribe entre los años 1911-1912 en la cárcel de Forlì, *La Mia Vita*, no recoge nada de todo esto. (Mussolini: *La Mia Vita*, Roma, 1947). El propio Mussolini arrojó dudas, según señala G. Pini, sobre la verdad de las palabras presuntamente pronunciadas por su padre; pero esto no se supo hasta 1950. (Giorgio Pini: *Filo diretto con Palazzo Venezia*, Bologna, 1950, pp. 178-179). Los documentos de Pini-Susmel dejan ver lo mal justificadas que están las predicciones de Sorel sobre Mussolini (pp. 440-449).

¹⁹² Sarfatti-Balte, pp. 95-96; publicado también en I, 215-216.

¹⁹³ Megaro, p. 85.

propio Mussolini se manifiesta al respecto diciendo: «Lo que escribí y dije lo escribí y dije porque amo y deseo una Italia que perciba su obligación y que se esfuerce por liberar a su pueblo de la pobreza económica e intelectual, en lugar de herir la patria de otros hombres para extender también en ella el propio pauperismo»¹⁹⁴.

Si se quiere ver el proceso ante el tribunal de Forlì como una apología del patriotismo de Mussolini,¹⁹⁵ hay que partir de la presuposición infantil de que un revolucionario quiere la destrucción por la destrucción y de que odia a las personas cercanas más que a las antípodas.

Mejor fundamento parecen tener las referencias a la actividad de Mussolini en Trentino, uno de los territorios italianos «no redimidos». Según estas referencias, Mussolini desató su ferviente polémica anticlerical porque el clero había sido el apoyo fundamental de Austria. Beltramelli llega incluso a señalar que Mussolini había sido expulsado porque había tenido el valor de escribir en un periódico de Trento la siguiente frase: «La frontera real de Italia no está en el Ala»¹⁹⁶. Sin embargo, una mirada más atenta muestra con toda claridad que no se puede hablar de un irredentismo político aspirante a un cambio de fronteras, y que la actividad de Mussolini en Trentino nunca va más allá del principio planteado más tarde por él: que hay que defender el asunto de la «*italianità*» siempre y cuando éste no implique el sometimiento o el daño a otra nacionalidad.¹⁹⁷

Y, finalmente, tampoco se sale del marco de la ortodoxia marxista cuando manifiesta su contento por las aspiraciones de renovación en la vida cultural italiana (como la fundación de la revista de Prezzolini en Florencia *La Voce*), o cuando alaba Italia como «la patria común del genio» en un ensayo sobre August von Platen.¹⁹⁸

¹⁹⁴ IV, 285.

¹⁹⁵ Así lo hace Bonavita, pp.140 y ss.

¹⁹⁶ Este famoso dicho, que todavía aparece citado en las memorias de Rachele Mussolini, tiene la siguiente peculiaridad: Mussolini había enviado un ejemplar incautado de su periódico (*L'Avvenire del Lavoratore*) al redactor de un diario liberal de Trento. Con él, le pedía que hiciese pública la arbitrariedad de esa incautación a su periódico. Mussolini justifica el ataque hecho a un alto funcionario austríaco de nacionalidad italiana, y añade: «Yo, personalmente, todavía no he olvidado la frase tan estúpida que éste hombre pronunció hace poco: 'Italia termina en el Ala'» (II, 266). No necesitamos tomar en serio la justificación oficial para la expulsión del país de Mussolini, según la cual éste habría cometido un serio delito contra las normas de la censura al enviar un ejemplar incautado a la redacción de un periódico, o sea, al hacerlo público. Pero tampoco atribuirla a una observación secundaria de tipo privado. Si Mussolini hubiera querido decir que la frontera real de Italia no está en el Ala sino en el Brenner, no habría podido calificar la frase anterior de «estúpida». Lo que parece, sin embargo, es que entendió que la frontera del país era a su vez la frontera de la *italianità*. Y siendo así, la frase es, sin duda, «estúpida». Pero las autoridades austríacas no necesitaban entretenerse con sutiles investigaciones sobre Mussolini. Éste había concluido una polémica contra un sacerdote de Innsbruck, por ejemplo, con las siguientes palabras: «¡Fuera con él! ¡Que lleven a ese cura rabioso (*idrofo-bo*) a un mataperros!» (II, 151). El límite de Mussolini en los territorios austríacos se colmó rápidamente, y no es necesario empeñarse en un «irredentismo» sobre el que Mussolini escribiría más tarde lo siguiente: «Ahora habría que tener el valor de acabar con las poses y las cuarenta y ocho charlatanías del irredentismo antiaustríaco» (III, 329).

¹⁹⁷ VI, 38.

¹⁹⁸ II, 175. Alfredo Oriani es el punto culminante de la escasa línea genealógica nacional-italiana que se construyó posteriormente para el Duce. Éste mismo quiso ver más tarde en Oriani al único poste indicador del fascismo. El Mussolini socialista llega a hablar de la «grandiosa Rivolta Ideale» de Oriani (II, 128). No resultaba muy difícil sacar de esta obra tardía del *Risorgimento* aquella que encajaba con las líneas fundamentales del socialismo. Cuando Mussolini rompe con el partido socialista, todavía se remite a Oriani en el *Popolo d'Italia*, tomando de él reivindicaciones revolucionarias y muy antifascistas: derrocamiento de la monarquía, alianza con el liberalismo francés y con las naciones eslavas (VII, 253-255).

La dificultad, la cercanía a la frontera inherente al internacionalismo de Mussolini, no se encuentra allí donde la quieren ver el grupo de los panegiristas y apologetas. Está más bien en la radicalidad abstracta y en la ingenua juventud de tal internacionalismo. Cuando Mussolini tiene diecinueve años, anuncia: «El socialismo no conoce la nacionalidad»¹⁹⁹. Siendo un joven profesor de lengua y literatura francesas en Oneglia, escribe: «Los oprimidos no tienen patria, sino que se ven como ciudadanos del Universo»²⁰⁰. Como redactor de la *Lotta di Classe* sigue los pasos de Hervé y considera la bandera nacional como un «trapo para plantar en la mierda»²⁰¹. Poco más tarde se manifiesta contra el entusiasmo patriótico de la guerra libia con palabras que suenan a traición a la patria: «Proclamamos en voz alta que los proletarios árabes y turcos son nuestros hermanos, mientras que nuestros enemigos irreconciliables son tanto los burgueses turcos como los italianos, sin distinciones sutiles ni consideraciones hipócritas»²⁰². Y como director del *Avanti* todavía se dirige con vigor contra la opinión de un socialista francés, según el cual también un Estado socialista habría de tener carácter militar: «Nosotros opinamos lo contrario. Creemos –dada la interdependencia económica, política y cultural de las naciones y dado el internacionalismo proletario en continuo crecimiento– que cuando estalle la revolución socialista en un país, o bien los otros la imitarán o bien el proletariado será lo suficientemente fuerte como para impedir cualquier tipo de intervención armada por parte de la burguesía»²⁰³.

Es cierto que Lenin también hizo en algún momento manifestaciones de gran ingenuidad («La solidaridad de la socialdemocracia internacional es un hecho absolutamente indiscutible»).²⁰⁴ Pero, al mismo tiempo, analizó seriamente el problema de la nacionalidad. Y Lenin conocía bien el movimiento socialista en Europa. Mussolini, en cambio, lo siguió de un modo esencialmente teórico. Su agudo sentido le hizo ver ya muy pronto que «Italia sigue tan dividida como en la época de Giusti. No hay un problema nacional; hay problemas regionales. No hay una política nacional, sino una política regional»²⁰⁵. La mirada hacia la realidad y la previsión ante la realidad del futuro todavía se encuentran en armonía. Pero, ¿qué ocurrirá cuando esta previsión se desaliente? ¿Qué pasará cuando ante la mirada intelectual comparezca dominante el reconocimiento de que Italia todavía se encuentra en un estado anterior a la nacionalidad –igual que en un estado anterior a la lucha de clases («*prelotta-di-classe*»)? ¿Qué pasará cuando, finalmente, la resignación ante estas evidencias se una con la voluntad emancipada de heroísmo, de fe y de sacrificio?

¹⁹⁹ I, 24.

²⁰⁰ I, 132.

²⁰¹ III, 137.

²⁰² IV, 130.

²⁰³ V, 180.

²⁰⁴ Lenin I, 466 literal: «La solidaridad total de la socialdemocracia revolucionaria internacional en todas las cuestiones importantes del programa y de la táctica es un hecho absolutamente indiscutible».

²⁰⁵ I, 120.

III

No es por casualidad que la presentación del marxismo de Mussolini acabe con una pregunta. No sin causa ha sido cuestionado muy a menudo. Pero en una evaluación de resumen se muestra que las objeciones más frecuentes han surgido injustamente y que aquella «cercanía de fronteras» no supone una objeción contra la legitimidad de esta variante del marxismo.

Ya en el Congreso del Partido en Ancona, Claudio Treves, el reformista eminente y antecesor ingenioso de Mussolini en la dirección del *Avanti*, se hizo portavoz de aquellos que querían ver como avance contra el materialismo histórico que Mussolini dejó, que los hombres no fueron formados por las circunstancias sino que fueron las circunstancias las que formaron a los hombres, es decir sobrestimó el papel de la voluntad y del espíritu.²⁰⁶ Pero se ha demostrado que hay que entender el idealismo y voluntarismo de Mussolini desde su ataque contra un evolucionismo no dialéctico y que por eso hacen de nuevo valer bajo nombres extraños algunos factores básicos del pensamiento de Marx. Y si Treves posiblemente se refirió a la frase de Marx sobre la relación del ser y de la conciencia sociales, entonces fácilmente se le podría oponer aquella otra frase, que hay que formar las circunstancias humanamente, cuando los seres humanos son formados por las circunstancias.²⁰⁷

Es conocido que de ninguna manera el materialismo histórico ha sido inventado por Marx. Tanto la doctrina del significado fundamental de la lucha de clases en la historia, como el conocimiento en la primacía de las condiciones materiales de la producción y la convicción del carácter ideológico de la producción espiritual fueron divulgados ampliamente ya antes de Marx. Los ha perfeccionado de forma genial, pero lo característico únicamente suyo es, según sus propias palabras,²⁰⁸ sobre todo la «prueba» de que la lucha de clase por necesidad interna tiene que acabar en una sociedad sin clases. Esto significa en otras palabras: Lo específico de Marx en la doctrina del materialismo histórico es justo la convicción de su relatividad y provisionalidad. Desprendido de esta convicción, el materialismo histórico no es más que un factor poderoso e imprescindible del desarrollo espiritual europeo, un factor que desde hace mucho tiempo figura entre los enemigos más peligrosos del marxismo.

No es correcto tomar como criterio del marxismo de Mussolini la existencia o falta de algunas frases teóricas del materialismo histórico. Y lo mismo resulta válido para el «materialismo dialéctico», como la ontología de las formas de existencia y movimiento de la materia, aquella base pretendida del marxismo, de la que no se encuentra nada en el mismo Marx. En realidad no es otra cosa que la argumentación metafísica posterior del carácter antiteológico del marxismo que bajo ningún concepto representa una simple negación de Dios, sino que piensa en la realización del ser humano en la sociedad sin clases, algo que toda religión solamente imagina de manera fantástica. Desprendido de esta suposición, el materialismo dialéctico no representa realmente más que un conjunto de frases bas-

²⁰⁶ VI, 478.

²⁰⁷ MEGA I, 3, 303.

²⁰⁸ M.E. II, 425.

tantes triviales con las que pueden estar de acuerdo seguidores de tendencias políticas muy diversas. Se podrá deducir de dichas frases lo específico del marxismo, incluso cuando no se le haya introducido ya anteriormente una ilusión extravagante. Justamente para los aspectos más antiteológicos y superteológicos del marxismo tenía Mussolini una fuerte aunque inocente percepción. En su primera disputa con un renombrado jefe de partido, el joven de veinte años defendió la tesis de que el socialismo tenía que declararse necesariamente ateo²⁰⁹ en Lausanne y contra Vandervelde. Y sus numerosas reflexiones de Navidad y Semana Santa están todas afinadas en un mismo tono: lo que Cristo no había podido conseguir, la real hermandad de los seres humanos, sería creado por el socialismo, incluso denomina al «esclavo» que había llevado durante milenios la cruz de la miseria el «Cristo vivo»²¹⁰.

Para determinar la posición de Mussolini dentro del marxismo no vale con un método de comparación de dogmas. Un político práctico puede estar más cercano al espíritu de un sistema mental político cuando deja atrás algunas de las tesis teóricas, que cuando las proclama una y otra vez sin consideración de la situación. Pero el núcleo concreto-político del marxismo puede conducirse con más o menos formaciones teóricas adicionales, en los tres términos y realidades que formaron la base de la investigación: luchas de clases, finalidad, internacionalismo. Y todos tienen en los pensamientos y acciones de Mussolini una primacía incondicional como articulación característica; por eso es marxista. Y el tipo de marxista que es solamente se puede sacar de la relación en la que se pone dentro de estos términos a Marx y Engels.

Esta relación es la de la selección respectiva. El marxismo de los propios Marx y Engels, cuya duración de desarrollo era de más de medio siglo, que experimentó la influencia de pensadores variados y de diferentes rangos, tenía un sistema mental de dimensiones tan amplias y profundas que ningún marxista posterior pudo concebir su extensión y sus fundamentos en su totalidad. Cada uno de ellos hizo una selección y convirtió lo ambiguo en unívoco. Así lo hizo también Mussolini.

En el marxismo originario está incluido tanto el sentido revolucionario como reformista de la lucha de clases. Para Marx se «hace estallar» la envoltura capitalista,²¹¹ es decir, se elimina a la fuerza en una borrasca de exasperación y sublevación. Por otro lado, la lucha de clases proletaria es «el movimiento de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría». Por lo tanto, las subversiones hacia las que tiende no pueden tener el mismo carácter que todas las revoluciones anteriores, en las que siempre se imponen minorías contra minorías. Está completamente fuera de duda que Marx y Engels personalmente siempre vivían y actuaban en aras de una revolución sangrienta. Marx dijo expresamente que el proletariado tenía que «romper» el aparato estatal existente. La revolución sangrienta es el espíritu del marxismo. Pero también es cierto que Marx declaró posible varias veces un desarrollo pacífico hacia el socialismo en los países más avanzados, que dispensó un gran aplauso al sistema inglés de los inspectores de fábricas y a la introducción del día laboral de diez horas, que finalmente Engels

²⁰⁹ I, 263.

²¹⁰ III, 297.

²¹¹ Cap. I, 728.

poco antes de su muerte declaró —en la introducción de *Klassenkämpfen in Frankreich* de Marx— acabados los tiempos de las luchas en la calle y de las revueltas, y remitió el movimiento socialista al ejemplo del desarrollo grandioso y de la actividad parlamentaria de los socialdemócratas alemanes (por supuesto sin denegar «a los camaradas extranjeros el derecho a la revolución»). Es el significado del marxismo que propulsa un infatigable trabajo «reformista», hasta que se den las posiciones fundamentales de la última revolución política: la transformación de la inmensa mayoría de los proletarios a través del desarrollo histórico mismo y los cambios profundos de la conciencia y de la sabia vanguardia del futuro.

Mussolini se decidió igual que Lenin y Rosa Luxemburgo por el espíritu y contra el significado del marxismo.

Respecto a la finalidad, Marx es comparado con los llamados utopistas, definiéndolo como un realista frío, que se fija con reposo en los obstáculos inmensos que son un estorbo para la realización de la sociedad sin clases, que hunde la esperanza soñada en el baño helado de realidad. Al lado de los pragmáticos, es el impaciente y el creyente que no se contenta con indicar direcciones y apuntar una meta tendenciosa, sino que cree que realmente verá en un futuro cercano lo «completamente distinto», el nuevo estado agregado al mundo. Se encuentran sin aclarar los dos factores que van juntos en la expresión «dictadura del proletariado». Porque parece ser evidente lo que es una dictadura; pero el proletariado no es de ninguna manera el «pueblo», como se podría pensar, y con eso también la dictadura tiene que recibir un sentido distinto. Pero cuando Marx quiso reconocerla en la *Commune* de París, en aquella tan pasajera apariencia de rebelión periódica del eterno «pueblo de París», desde luego fue obvio que su fe era mucho más grande que su realismo (aunque poco tiempo antes todavía había sabido que en medio de los pequeños burgueses de aquel *peuple* incluso los trabajadores, por ser trabajadores de lujo, «son basura vieja»²¹²).

Y otra vez Mussolini se decide por Lenin contra el realismo de Marx a consecuencia de su fe, lo que para el apasionado Marx era lo más querido en su círculo gigantesco de pensamientos.

En lo concerniente al internacionalismo, uno está dispuesto a opinar que el grito de guerra revolucionario «proletarios de todos los países, ¡uníos!» exprese toda la voluntad no dividida. Pero es demasiado fácil no advertir que en el *Manifiesto Comunista*, justo después de la famosa frase de que los trabajadores no tienen patria, sigue la exigencia de que el proletariado tenga que constituirse «ante todo» como nación. Pero entonces, ¿no tiene que velar el victorioso proletariado, convertido en nación, por sí mismo, por los intereses nacionales «ante todo», en vez de insinuarse fraternalmente a todos los grupos de proletarios débiles y todavía poco desarrollados? Sus ensayos en la *Gazeta Renana*, durante la revolución del 1848, muestran con claridad sorprendente y brutal que Marx y Engels de ningún modo opinaron que todas las oposiciones en el mundo serían insustanciales frente al opresor y al oprimido, a pesar de que todos los oprimidos tuvieran necesariamente los mismos intereses. Están totalmente imbuidos por la convicción apasionada de que las naciones grandes y progresistas tenían un derecho

más grande que las «nacioncitas», cuya larga duración de opresión solamente demuestra ya una falta de «viabilidad»; la teoría de la confraternidad de los pueblos sería una estupidez cuando no se tienen en cuenta los distintos niveles de civilización de los distintos pueblos; incluso dibujan la perspectiva de que en la próxima «guerra mundial», en la «borrasca mundial revolucionaria» no sólo desaparecerían de la tierra clases y dinastías reaccionarias, sino también «pueblos enteros reaccionarios». Ciertamente no se debería medir los giros periodísticos de tiempos turbulentos, ya que evidentemente no son nacionalistas, sino que están siempre pensados desde la perspectiva universal de revolución y civilización: sin embargo, hacen comprender irremediablemente que el imperialismo social tardío no está muy alejado de Marx y Engels en todos los aspectos. E incluso de los ensayos de Marx sobre el Imperio Británico en la India se podría deducir que la «voluntad más cercana» de Marx tendría que afirmar la obligación colonial, mientras que su «voluntad más lejana» debería volverse contra todo tipo de opresión.

Mussolini se decide, al igual que Lenin, en favor de la «voluntad más lejana» de Marx y cree poder llevarla a cabo en la realidad más inmediata.

Aquel que se decide a favor del espíritu, de la fe, de la «voluntad más lejana» del marxismo contra el sentido del realismo y de la voluntad más cercana de dicho marxismo, es un marxista izquierdista; y quizás pueda hacerse entonces otra diferenciación: si el marxismo izquierdista difiere del otro ala del partido solamente en cuestiones tácticas pero se mantiene unido con ella en la lucha revolucionaria contra el sistema preburgués, entonces se trata de bolchevismo; mientras que si se separa de ella en el marco el orden social burgués principalmente, entonces se debería hablar de comunismo.

Lenin y Mussolini hacen la misma elección y convierten de la misma manera el marxismo ambiguo en algo inequívoco. Pero porque viven en sistemas sociales diferentes, están también frente a frente como el primer bolchevista y el primer comunista.

Nunca fue la diferencia de las dos tendencias tan grande y verdadera como en aquel tiempo en el que ambos todavía no se habían asentado en la conciencia pública. Como ya se ha demostrado, Mussolini desarrolló una nueva y diferente ambivalencia interpretando parcialmente el contenido de Marx con los términos de la filosofía de la vida, mientras que Lenin esquivó casi completamente estas nuevas influencias permaneciendo así decididamente inequívoco. Aquello que en Marx y Lenin era un factor evidente, si bien nunca especialmente pensado, valentía y fuerza, valor y heroísmo, vitalidad y aislamiento, se independiza en Mussolini y toma conciencia de sí mismo, incluso tiende de vez en cuando hacia términos generales que ya no se dejan compaginar con el marxismo. («No hay vida sin derramamiento de sangre» = ¿No hay vida sin guerra y revolución política?).

Lo que Marx y Lenin toman por comprensión científica en el paso necesario de la historia y su elevación hacia el reino de la libertad, se representa para Mussolini como «fe», y esta fe tiende también a convertirse en un simple factor del *élan vital* determinante.

El internacionalismo de Mussolini se mueve por fin entre la radicalidad abstracta y un entusiasmo nada problemático por el poder universal de la técnica,

mientras que para Lenin la «cuestión nacional» se había convertido hace tiempo en el objeto de serias reflexiones.

IV

Pero sería absolutamente erróneo creer que en el socialismo de Mussolini se hubiera formado su fascismo tardío ya en una tercera o cuarta parte, o bien que solamente hubiera sido preparado mediante una oposición al mismo. Marx tuvo épocas de una fuerte inclinación hacia el positivismo, pero no por eso se convirtió en positivista. En Lenin hubo durante algún tiempo antes de su muerte una tendencia inconfundible hacia el nacionalismo ruso, pero no se convirtió nunca en un nacionalista. El hecho de que Mussolini absorbiera la atmósfera de la filosofía de la vida no le ahuyentó necesariamente fuera del marxismo. Grandes tendencias de pensamiento y de la vida tuvieron solamente futuro (por lo menos en Europa) cuando fueron capaces de provocar y dominar estos peligros desde ellos mismos. Pero la incorporación de la filosofía de la vida preparó el terreno en el que el marxista Mussolini pudiera encontrarse con Nietzsche. Y sólo en este encuentro, la pregunta de con qué tendencias de pensamiento en todo caso se puede amalgamar a Marx, llega a su extrema agudeza.

No obstante, esto no se debe entender como si Mussolini hubiera absorbido primero el marxismo, después la filosofía de la vida y al final a Nietzsche. No estamos hablando de sucesiones de desarrollo en el tiempo. Más bien se trata de subrayar la continuidad sistemática en el pensamiento de Mussolini, al que su forma fragmentaria y periodística de trabajar no dejó hablar como tal. Lo que absorbió de Nietzsche pertenece en parte a aquella atmósfera más general de la filosofía de la vida. Podía leer tan fácilmente en Bergson como en Nietzsche que solamente lo muerto y lo acabado se puede fijar terminológicamente, pero que los términos fijos no resultan adecuados²¹³ para el desarrollo vivo; si es que en realidad requiso una influencia concreta para unos razonamientos que casi eran bien común de la época. Ocurre algo diferente con términos como «superhombre», «voluntad de poder», «rebelión de esclavos». Aquí existen obviamente influencias específicas, y sólo éstas nos interesan en este contexto. Pero también ellas se muestran en parte muy pronto. Algunas aparecen una y otra vez, otras desaparecen. Solamente una contemplación sistemática de las mismas puede mostrar cómo se comportan las influencias con las líneas básicas del marxismo, que siempre pertenece como modelo básico. Declaraciones aisladas, arrancadas del contexto, nos conducen aún más fácilmente al equívoco, como en el caso de Mussolini (tan impresionable e impulsivo como era), que se dejó capturar muchas veces y de manera muy fuerte por cada lectura. Solamente el tiempo le concede una vez más la distancia crítica; solamente la repetición deja una impresión duradera.

Y aquí hay que señalar ante todo una diferencia fundamental entre el modo en el que Marx y Nietzsche le influenciaron. Mientras que Marx es, de manera

²¹³ IV, 232.

expresa o no, llamado y citado sin cesar, pero nunca descrito *ex profeso* en su totalidad (es precisamente una presuposición natural), se habla de Nietzsche ante todo en algunos ensayos grandes, mientras que después no se le menciona prácticamente nunca durante años. No es que todos esos artículos tengan necesariamente a Nietzsche como objeto central. En primer lugar deben ser observados de manera individual antes de que pueda intentarse determinar punto por punto su postura hacia el marxismo.

Lo más temprano, importante, conocido y al mismo tiempo engañoso es una colección de artículos que fueron publicados por Mussolini a la edad de 25 años en el semanario republicano de Forlì, *Il Pensiero Romagnolo*.²¹⁴ Desde que M. Sarfatti completó un capítulo de su libro con algunos fragmentos de la obra *Filosofía de la violencia* de Mussolini, este ensayo siempre ha sido presentado como un documento a favor del hecho de que Mussolini ya era un perfecto conocedor de Nietzsche desde su más temprana juventud. Sin embargo, su biografía no ha imprimido nunca ni el subtítulo ni el principio ni el final de dicho estudio. Y en estos puntos se ocultan algunos valores a tener en cuenta.

En primer lugar, el ensayo no presenta ninguna afirmación espontánea, sino más bien una serie de «anotaciones al margen referidas a la conferencia del diputado Treves». En segundo lugar, el título también resulta difícil de traducir por «filosofía de la violencia» (lo cual nos hace pensar de manera equívoca en un cierto paralelismo con la obra *Reflexiones sobre la violencia* de Sorel): realmente, debería mejor reflejarse mediante el término *Machtphilosophie* [filosofía del poder]. En tercer lugar, se trata esencialmente de un informe y no de una profesión de fe, incluso en la manera animada y comprensiva de presentar esa afinidad.

En noviembre de 1908, Claudio Treves dio una conferencia en Forlì, conferencia con la que quería dejar claro el concepto de la voluntad de poder como punto central de todo el pensamiento de Nietzsche (de ahí *La filosofía della forza*). Mussolini quiere completar un poco su «exposición clara, sintética y brillante». Así pues, el ensayo de Mussolini es una variación sobre una melodía desconocida, en tanto que no se incluye en ella la conferencia de Treves, o al menos ésta no está al alcance de todos. Por consiguiente, tan sólo en unos determinados puntos él critica de manera expresa a Treves, así como los giros correspondientes en los que igualmente formula de manera expresa su propio entendimiento. Todo lo que queda en medio de esto debe entre tanto quedar entre paréntesis, dado que no encuentra ninguna confirmación en ningún otro sitio.

Ante todo, Mussolini aprueba la manera de pensar de Treves, esto es, la idea de que la voluntad de poder sea un punto cardinal en la filosofía de Nietzsche; sin embargo, lo que él considera menos exacto es el que todas las ideas de Nietzsche se puedan reducir a ese único punto. En numerosas ocasiones remarca (en sentido afirmativo) el carácter nada sistemático del pensamiento de Nietzsche, y menciona de paso la observación de que Nietzsche ha sido el pensador más genial del último cuarto de siglo y uno de los que han ejercido una mayor influencia. Sin embargo, su propia intención no es otra que la de completar lo expuesto:

²¹⁴ *La filosofia della forza. Postille alla conferenza dell'on. Treves*, I, 174 bis, 184.

«El diputado Treves nos permite añadir algo (*qualche cosa*) a lo que él ha dicho, y comenzaremos entonces con el Estado». Mussolini parte de los puntos más conocidos de *La genealogía de la moral*, en la que ve una «bestia rubia» en el origen del Estado. Pero, al contrario que Nietzsche, él comienza a hablar inmediatamente de un «principio de solidaridad», principio que regula las relaciones de los amos entre sí, así como también su relación hacia los esclavos, quienes deben cuidar a la vez sus propios intereses. «No basta con crear nuevas tablas de valores; también es necesario producir de manera moderada el pan». Uno se espera una especie de dialéctica materialista ente el amo y el esclavo; sin embargo, Mussolini se da por contento con mostrar que los amos dirigen o proyectan sus deseos de poder hacia afuera para no tener que resolver la contradicción existente entre la autodeterminación y la ley de la solidaridad, que se presenta como un alto provisional de la expansión del «individuo» y que expulsa con un estallido múltiples energías de la vida más allá de los límites de la antigua moral. En ese mismo instante, Mussolini comienza su relación con la aparición del ideal ascético y sigue a continuación con una descripción de Nietzsche: «La moral de los esclavos envenena finalmente a su paso a los amigos —los débiles triunfan sobre los fuertes y los pálidos judíos derrocan a Roma». Pero una vez más, una pregunta aparece asociada a esa presentación: «¿Cómo puede esa revalorización de los valores, llevada a cabo por los esclavos, tomar de los amos su derecho a la vida? ¿Los amos están por encima de todo tipo de moral, o no lo están?». Y en repetidas ocasiones se sigue una continuación, continuación que Nietzsche no necesita en absoluto criticar desde fuera, tan solo tiene que poner el pie sobre el andén de sus propios pensamientos: ¿Puede ese triunfo milenarista de los valores más bajos ser realmente algo antibiológico? ¿No radica realmente en el interés de la vida misma? Mussolini vuelve una vez más a una mera presentación y se contenta, al igual que Nietzsche en numerosos puntos, con describir la causa inicial efectiva. Treves indicó abiertamente que fue Nietzsche quien volvió a retomar el alzamiento de los esclavos en cuanto moral de los judíos; pero Mussolini añadió a esto una indicación sobre el papel que Jesús de Nazaret desempeñó para Nietzsche como el instrumento más sublime de la venganza judía. Cita toda una serie de lugares en los que la postura anticristiana de Nietzsche sale a la luz. La forma en la que él cita y parafrasea esos lugares permite ver una cierta aprobación, si bien impide una identificación clara y exacta de los mismos. Resulta original el intento por primera vez de encontrar una causa al anticristianismo de Nietzsche. En ese punto, Mussolini considera que Nietzsche era «profundamente antialemán»: «La seriedad teutónica y el espíritu mercantil británico eran para el autor del *Zaratustra* igualmente difíciles de digerir. Tal vez su *Anticristo* sea el último producto (*portato*) de una enérgica reacción contra la Alemania feudal, pedante y cristiana».

Aquí encuentra Mussolini de manera evidente un punto en el que poder anexionar su propio pensamiento al de Nietzsche. Poco antes había intentado ya mostrar en su ensayo sobre Klopstock que sus hipótesis previas alemanas-cristianas-feudales le hacían incapaz de evaluar debidamente y en su justa manera la Revolución francesa.²¹⁵ Él hace caso omiso, y quiere hacerlo abiertamente, del

²¹⁵ I, 167, 173.

hecho de que no resultaría difícil volverse hacia otra de las vías del variado pensamiento de Nietzsche, esto es, al estandarte amenazador del feudalismo alemán.

Pero para él es aún más importante el que el anticristianismo de Nietzsche vaya dirigido contra la moral de la resignación. El ascetismo cristiano ha causado «veinte siglos de guerras, los horrores de la Inquisición, las llamas de las piras» y, sobre todo, «no nos olvidemos los modernos europeos de este pequeño monstruo inflado de la mediocridad incurable, con un alma que es incapaz de crecer; no es suficientemente reaccionaria para defender ese pasado feudal, no es lo suficientemente rebelde para llevar la revolución a sus mas extremas consecuencias». Una vez más, sus propias ideas y las marxistas parecen coincidir con las de Nietzsche, en caso de que éste hubiera nombrado anteriormente un símbolo del socialismo que se opusiera a la idea cristiana del «valle de lágrimas» y hubiera puesto la alegría, la serenidad y el disfrute de la vida en el lugar que antes ocupaba la resignación cristiana.²¹⁶ Mussolini no parece ser consciente de la cuestionabilidad de dicha identificación, aunque a menudo defiende de manera decisiva las etapas de aquella revolución, revolución que Nietzsche condenó como un levantamiento de esclavos.

Así mismo, también parece clara una brutal asimilación de las ideas de Marx y de Nietzsche, especialmente cuando se ponen a hablar sobre los superhombres, «la gran creación» de Nietzsche. Esa compenetración llega tan lejos, que él parece incluir en la presentación su propio ideal (y tal vez por eso concluye M. Sarfatti con este punto sus fragmentos sobre el ensayo de Mussolini): «Nietzsche deja que suene la llamada de una vuelta inmediata al ideal.(...) Para entender esto aparece ahora un nuevo tipo de librepensadores, robustecidos en la guerra, en la soledad, en los grandes riesgos; pensadores que conocerán el viento, las ventiscas, los glaciares de las montañas más altas, y que juzgarán con ojos críticos las grandes profundidades de los abismos.(...) Pensadores que nos liberarán del amor al prójimo, de la voluntad de la nada, que le devolverán a la tierra su sentido y a los hombres la esperanza». Pero Mussolini conoce a Nietzsche lo suficientemente a fondo como para saber que esos librepensadores no son en nada los superhombres. Es cierto que creen en el carácter divino de la verdad. Solamente aquél que también sobrepasa la verdad y logra poner en su lugar la voluntad hacia el logro de una vida mejor, será un superhombre. Y una vez más, Mussolini entiende la idea de Nietzsche en la manera de hablar y de pensar del revolucionario: «El superhombre no conoce otra cosa que no sea la revuelta. Todo aquello que existe debe ser destruido». Eso es claramente una característica unilateral y muy cuestionable. Y, además, cuando Mussolini considera realmente que la idea de la «Parusie», de la metamorfosis del mundo hacia un estado que sea diferente en lo esencial de su estado anterior, y también de su estado actual, representa uno de los puntos principales de la línea de agresión de Nietzsche, entonces apenas resulta comprensible cómo se le puede escapar la identidad entre la *Parusie* y la finalidad socialista. El hecho de que un socialista no sea plenamente conocedor de la tendencia antisocialista de toda la obra de Nietzsche es seguramente un fenómeno sumamente excepcional. Él no parece apartarse realmente de esa encrucijada

²¹⁶ I, 38.

jada cuando dice para concluir que el superhombre deberá sobreponerse a dos enemigos, a Dios y a la plebe. Pero al mismo tiempo, él entiende «plebe» de un modo tan violento que dicho concepto alude más a la necesidad en la línea de un pensamiento revolucionario y marxista: «La plebe, que es lo suficientemente cristiana y humanitaria, nunca entenderá que pueda ser necesario un mayor grado de maldad para que el superhombre pueda desarrollarse».

Con esto Mussolini da por concluida su exposición. El que se trate sólo de una «observación al margen» volverá a ser algo casi inapreciable al final: «Para el diputado Treves, el superhombre es una especie de deformación simbólica de la adolescencia. Así, entre el superhombre y el niño existiría una identidad psicológica. Dicha interpretación me parece absoluta. No es posible establecer una semejanza entre el superhombre y el niño sin poner a un lado la realidad de los objetos y al otro las consecuencias de una teoría. Esto no es, tal y como Treves afirma, un ejemplo extraño de una postura inmóvil del desarrollo intelectual. Nietzsche fue un poeta y su obra es el poema heroico de su vida. Y no es ahí donde falta la catástrofe.(...) El superhombre es un símbolo, es el exponente de este período de crisis angustioso y trágico que atraviesa la conciencia europea en su búsqueda de nuevas fuentes de alegría, de belleza y de un ideal. No es sino la constatación de nuestras debilidades, y al mismo tiempo, la esperanza de nuestra salvación. Es un paso más allá (*tramonto*), es la aurora (*aurora*). Es, sobre todo, un himno a la vida —a la vida vivida con todas sus energías en la tensión existente más elevada, en lo más hermoso, en lo más tentador: ‘Oh, hermano, hay miles de caminos que nadie ha pisado aún. Innumerables son los puertos y las islas ocultas de la vida. Inagotable e inescrutable es todavía el hombre, así como el país de los hombres’»²¹⁷.

Este ensayo no demuestra que Mussolini fuera ya en su época socialista un «partidario» de Nietzsche. Mussolini defiende a Nietzsche frente a la crítica psicológica y muy grosera que Treves formuló contra él. Da a conocer una sinceridad y una imparcialidad hacia Nietzsche que para un marxista puede resultar francamente asombrosa. Sin embargo, lo analiza al mismo tiempo a través de los ojos de Marx, del anticristiano, antihumanitario y antiascético Marx que fue su maestro. Construye un atajo más sencillo sobre un abismo, porque considera que a ambos lados crecen flores similares. Pero no se mete a investigar si esas flores echan sus raíces en terrenos similares, o si éstas forman las mismas figuras. Este ensayo es sólo una formulación de preguntas y no una respuesta a las mismas ni por lo más remoto.

El siguiente, a la vez que último de los estudios sobre Nietzsche escritos por Mussolini muchos años más tarde, en esta ocasión en *Avanti*, ya no es ciertamente una formulación de preguntas. Trata sobre una conferencia de Daniel Halévy a propósito de su biografía de Nietzsche.²¹⁸

Por de pronto, él llama a Halévy un biógrafo digno de Nietzsche —como francés y como miembro del círculo del *Cahier de la Quinzaine*. Una vez más destaca su tendencia a concebir a Nietzsche como un antialemán, y a incluirlo dentro del espacio cultural mediterráneo.

²¹⁷ Cita original tomada de *Zarathustra. Nietzsches Werke*, edición de bolsillo, VII, 113.

²¹⁸ IV, 184-190.

Resulta peculiar que tome como primera característica de Nietzsche una expresión de Türrck y que le llame el «antisofista patológico (*dolorante*) del egoísmo»²¹⁹. En caso de que esto pueda ser atribuido a la consideración de una parte de los lectores del órgano central socialista, entonces no debería pasarse por alto que él hable en no pocas ocasiones y en un sentido reprobatorio o irónico del «superhombre del individualismo»²²⁰, y tampoco debe omitirse de ningún modo la relación existente entre determinados grupos antagonistas de anarquistas y Nietzsche. Pese a todas las tendencias individuales y entusiastas, se mantiene en líneas generales y de manera muy apreciable una cierta tendencia frente a Nietzsche.

Lo que más le fascina de Nietzsche no es claramente sólo la unidad existente entre la vida y el pensamiento. Uno no necesita conocer la vida de Espinosa para poder entender su línea de pensamiento; «pero el sistema de Nietzsche está por el contrario completamente metido en su propia vida». De ahí que se dirija a ciertos episodios de juventud, remarcando la importancia del significado de la poesía y de la música para Nietzsche, sin olvidar tampoco la influencia de Schopenhauer y siguiendo con un interés inequívoco el desarrollo de su relación con Wagner. Cita textualmente partes del informe de Halévy sobre el surgimiento de la teoría del eterno retorno e incluye la frase fundamental del mismo, esto es, que el eterno retorno no es sino el máximo acercamiento de un mundo en fase de construcción a un mundo real y existente. Concluye su presentación con algunas frases tomadas de algunas cartas escritas desde la locura a Burckhardt, Brandes, Gast y Cosima Wagner.

En líneas generales, la vida de Nietzsche se le presenta más bien como un «paso lento y tortuoso al calvario». Dos de las espinas de su corona han resultado ser las más dolorosas: el abandono de sus amigos y la indiferencia de sus contemporáneos. También sus propios estudiantes en Basilea —«hijos de ciudadanos pacíficos»— le han dejado en la estacada. Taine, Brandes y Strindberg se han apresurado demasiado tarde para prestarle su ayuda. «El Divino ya se había bebido todo el cáliz amargo y había encerrado a su víctima en la locura inconsciente y tal vez por ello divina».

Estas seis páginas de la conferencia no constituyen ciertamente ninguna obra significativa. Sin embargo, existe en ellas un cierto número de rasgos esenciales y fundamentales referidos a la relación de Mussolini hacia Nietzsche: claramente, Mussolini no se siente provocado por Nietzsche como socialista; ve en él la aparición más enigmática y al mismo tiempo más fascinante de la época en la que él se sumerge sin reservas críticas, y de la que él sólo toma los rasgos característicos que parecen estar en total conformidad con sus antiguas convicciones.

El terreno en el que él reúne a Nietzsche y a Marx se traza de manera muy original en el ensayo titulado «Caza del sentido común», ensayo que Mussolini no publicó en su propio periódico y bajo su propio nombre, sino en el semanario editado por Paolo Valera *La Folla* y bajo su viejo pseudónimo de *L'homme*

²¹⁹ Véase la obra de Hermann Türrck: *Der geniale Mensch*, Berlin, 1903, Cap. XI: «El hombre obtuso es lo contrario del hombre genial y el antisofismo del egoísmo» (p. 327). (Este fragmento debería ser especialmente interesante para contestar la pregunta acerca de las fuentes de Mussolini, en tanto que contiene prácticamente todas las citas que pueden encontrarse en la obra *Filosofia della Forza*).

²²⁰ III, 286.

que cherche» en abril de 1913.²²¹ Este ensayo nunca ha encontrado en la literatura ninguna consideración digna de mención, lo cual se debe claramente a su carácter insolente y «juguetón», carácter que bien se refleja ya en el subtítulo: «Paradojas y cabalgatas»²²². Pero una caricatura puede tener un valor de conocimiento aun mayor que el de una fotografía. Justamente es en la exageración de los rasgos en donde todo ello se muestra de manera más clara; y es así como se refiere a Nietzsche en relación con la Revolución, mientras que a Marx lo hace en relación con el valor intrínseco de la lucha, de tal modo que puedan tenderse mutuamente la mano en el énfasis de la protesta y de la lucha, una vez librados de toda diferencia de intenciones. Merece la pena estudiar de manera más detallada este ensayo de Mussolini:

«Siembre he aborrecido el entendimiento del hombre sano (*il buon senso*), he renegado de él y he escupido contra él. No puedo soportarlo. No quiero tener que sufrirlo. Cuando oigo hablar sobre el entendimiento del hombre sano (...), me encolerizo. Comienzo a desconfiar. La compasión, la virtud, el sentimiento cristiano, la renuncia, todas ellas eran palabras con doble significado que encolerizaban a los ascetas del superhombre. El entendimiento del hombre sano es una palabra que provoca en mí ese mismo efecto.(...) El señor entendimiento del hombre sano me disgusta aún más que el tiempo que hace en noviembre, más que el aroma pestilente que despiden la cocina alemana, más que la miseria de los horribles burdeles. En resumen: odio el entendimiento del hombre sano. Y lo odio en nombre de la vida y de mi sentido indomable de aventura.(...) Los caballeros de la alta Edad Media, que siempre buscaban torneos y duelos, los santos, que se retiraban al desierto para azotar sus propias carnes, los guerreros, los alquimistas, los astrólogos, los magos, los herejes, los líderes de su pueblo, desde Roland el gigante hasta Pierre l'Ermite, desde San Francisco de Asís hasta Ruysbroeck el asombroso: tuvieron que luchar hasta la desesperación contra ese entendimiento del hombre sano que les salvaba llevándoles a la calma, a la espera, al compromiso, a la cobardía. Porque el entendimiento del hombre sano significa conservadurismo; es —escuchadlo bien, vosotros, los socialistas— la filosofía de las clases que han llegado, y no la de aquellas que se esfuerzan aún por alcanzar su meta. Las revoluciones deben ser vistas como una especie de venganza de la locura frente al entendimiento del hombre sano. Porque las revoluciones tienen algo de locura (*pazzè*), son atolondradas, violentas, idiotas, bestiales. Son como la guerra. Prenden en llamas el Louvre y arrojan a la calle el cuerpo desnudo de la Princesa de Lamballe. Matan, saquean, destruyen. Son un diluvio de hombres. Precisamente es ahí donde radica su gran belleza.(...) La sociedad burguesa ha creado al hombre de las máquinas, al hombre funcional, al hombre de los mecanismos, al hombre que se atiene a las reglas. Yo sueño, en lugar de con ellos, con el hombre excepcional.(...) Ya se acabó la época del desertor (*refrattari*). El primero de ellos fue Cristo, el último Vallés.(...) Ahora el entendimiento del hombre sano amenaza también con envenenar la idea de la Revolución. ¿No veis ya los síntomas? En una ocasión el socialismo fue el objeto de los 'andrajosos' (*sca-*

²²¹ V, 141-143.

²²² Pini-Susmel, p. 22, ven en él un «sfogo dell'autentico carattere personale», y, por lo demás, sólo aportan algunos rasgos característicos escuetos y algunas paráfrasis.

miciati), de los ‘malhechores’, de los ‘canallas’; hoy, sin embargo, ya es algo civil, civilizado. Es algo distinguido, razonable, es tan sentimental que incluso llora y hace llorar, conlleva una especie de horror supersticioso ante la sangre, se horroriza de las aventuras.(...) Compárese por ejemplo una página de Marx con una página de Bonomi o de Turati. Notaréis en ellas un gran abismo.(...) Aquel que presta oídos a la voz de una personalidad ambigua nunca será un valiente. Siempre se ‘dará por vencido’.(...) Dará preferencia al pantano por encima de la cumbre, a la calma sobre la marcha, a la paz sobre la guerra.(...) Uno debe desterrar de sí al entendimiento del hombre sano, o bien dejarlo relegado a un plano secundario. Eso es lo que se pretende hoy en día en todas partes. Pero yo voy aún más lejos, yo quiero ir a la caza de ese entendimiento del hombre sano; quiero asesinarlo.(...) Este siempre tomará otras formas y máscaras; será negro y rojo, conservador y revolucionario, desvergonzado y a la par acobardado, hombre y mujer.(...) Y yo lo alcanzaré y lo derribaré al suelo. Entonces le echaré en cara el cadáver a las masas y diré: ‘ciudadanos, he matado a vuestro peor enemigo. Dejados ahora realizar un baile salvaje para mostrar esa alegría’.

Ciertamente sería precipitado a la vez que injusto oponerse a la alegría desbordante y juguetona con algunos conceptos tales como «anarquismo» o «irracionalismo». Naturalmente tampoco se debería olvidar lo que el mismo Mussolini dijo más o menos alrededor de aquella época: «¿Qué tipo de movimiento? (...) También el *delirium tremens* es un movimiento»²²³. Sin embargo, con unos buenos motivos que lo avalen se puede suponer que ningún otro socialista ha formulado por escrito tales cosas a no ser que lo haya hecho únicamente en broma. Se trata de algo simplemente peculiar; no obstante, cuando el socialista Mussolini bromea, uno puede ver antes que nada el fascismo futuro.

También Marx alaba la revolución, es partidario de la guerra en alguna ocasión determinada, menosprecia la presunción filisteas, y al mismo tiempo es una aparición excepcional y genial. Sin embargo, aquel que elogie la revolución basándose sólo en la sangre que derrama, el que prefiera siempre la guerra a la paz, el que menosprecie al burgués solo porque éste conoce el trabajo y el orden metódico, el que aspire a ser la excepción correspondiente a todos los principios, ése será un fascista. Es ése quien convierte los medios de Marx en sus propósitos. Mussolini se remite casi necesariamente a Nietzsche, quien a su vez había promovido al máximo ese traslado de los medios... Pero antes desnaturizará también a Nietzsche, y se verá obligado a quedarse reducido a la filosofía del «vive peligrosamente». Un marxismo que pierde su alma (es decir, la mirada hacia un futuro caracterizado por una sociedad sin clases), pero que retiene en sus brazos la fuerza y en sus manos la espada, tiende directamente al fascismo. Esta definición no queda así en modo alguno completa; sin embargo, sí es suficiente para hacer un primer esbozo de en qué sentido el socialismo del joven Mussolini encierra ya en sí mismo ese fascismo futuro. Lo encierra precisamente en la anticipación grotesca del sarcasmo, así como en algunas afirmaciones aisladas de carácter ambiguo; no lo encierra sin embargo allí donde Mussolini toma la palabra en serio, y se pronuncia en relación con la teoría del socialismo. Y justamente ahí es

²²³ V, 24.

donde él defiende su «alma» (=finalidad). Tuvo que ejercer en él una influencia más poderosa aún que la de las teorías filosóficas para que se le permitiera pasar a una necesaria coexistencia del sarcasmo y la seriedad, pero también manteniendo una dirección clara en sus afirmaciones.

Es muy difícil que sea una mera casualidad, precisamente en este artículo, el que aparezcan formulados dos de los motivos que serán fundamentales en el fascismo, motivos a los que apenas puede encontrárseles algún paralelismo dentro de la obra restante del joven Mussolini.

En primer lugar, después de que Mussolini hubiera roto de una manera tan violenta y despreciable con Sorel,²²⁴ se puede apreciar uno de los motivos centrales de Sorel, y también de todo el pensamiento europeo conservador: la alabanza de los héroes y de los santos, la queja ante las épocas que ocultan a los grandes.

Y, al mismo tiempo, se insinúa ahora por primera vez la concepción más moderna de la ideología fascista: el modo de proceder marxista y revolucionario podría ser tanto una máscara de la burguesía pacífica como de la conservadora; la revolución falsa y titubeante de las clases podría ser eliminada por aquellos que hacen suya una «mentalidad» revolucionaria y decidida.

En resumen, apenas se puede dudar que el escrito más sarcástico del joven Mussolini sea a la par el anuncio más serio de lo que sería su fascismo tardío.

Pero realmente lo es sólo *ex eventu*. Su párrafo acerca de la filosofía del poder de Nietzsche no le impidió a Mussolini figurar dos años más tarde en el *Lotta di Classe* como el marxista más decidido. Y la «cabalgata paradójica» acerca del entendimiento del hombre sano no fijó ninguna especie de cambio, sino que más bien apuntó sólo en la dirección de un camino que se habría podido demostrar fácilmente como una senda secundaria pisada tan sólo de una manera pasajera.

Esa opinión debe ser tanto más cautelosa si se piensa que también pudieron avanzarse algunos pasos más sobre los caminos encubiertos. Una simple reflexión sobre el tema podría representar el compás a seguir.

Aquel «fascismo», que en realidad no era otra cosa que un marxismo tan carente de alma como vital, era una creación meramente pragmática que comenzó avanzando a tientas y de manera insegura en tanto que no se cubriera con algunos andrajos de procedencia conservadora, o bien con la forma de la moda. Sólo será plenamente consciente de sí mismo cuando se pueda oponer a su creador y adversario una idea propia del devenir histórico. Entonces ya no luchará únicamente el deseo de aventuras contra esos inamovibles burgueses; será entonces cuando la detracción del hombre, convertido en un «animal diminuto con los mismos derechos y pretensiones»²²⁵, se entenderá como el resultado de un proceso iniciado ya desde lejos; será entonces cuando un levantamiento de los esclavos destruirá la verdad de la existencia humana, verdad que al principio había quedado manifiesta en la cercanía a los dioses; será entonces cuando cambiará toda representación de tendencia negativa de la comprensión de Hegel y de Marx, representación en la que todo lo que era blanco parecía ser negro, y en la que se llamaba «anulación» a todo lo que en algún otro momento se llamó «realización». Allí donde el fascismo se vuelva radical y fundamental, deberá necesariamente aparecer unido al arcaísmo opuesto a la historia, y

²²⁴ Cf. *Ann.*, p. 262.

²²⁵ Nietzsche, VIII, 139.

deberá también relegar a un segundo plano su «origen sagrado» tanto cuanto más radical y más fundamental se vuelva, o al menos de tal forma que sólo aparezcan los rasgos puros fundamentales del mismo: los de clase, los del país, los de las guerras, los de los héroes. Y es aquí donde debemos volver nuevamente a acercarnos a Nietzsche en un sentido no ya meramente superficial, puesto que éste quería lograr una sola cosa, tanto en este mundo como más allá de todas las teorías concretas: un atentado contra ese otro «atentado», que ya comenzó con la monstruosa abstracción de Parménides y que le costó a la humanidad sangre, vidas y naturaleza, de tal modo que a la «vida» misma (esto es, la producción creativa de la cultura) comenzaron a faltarle los distintos requisitos previos.

Nietzsche no es en un sentido banal y simplificado el filósofo del fascismo, del mismo modo que el fascismo no se corresponde con los sueños de Nietzsche hechos realidad, pero ambas cosas (fascismo y filósofo) tienden de manera simultánea e inevitablemente hacia una misma meta ideal: la formación práctica e ideológica de la tesis radicalmente opuesta a la concepción que Hegel y Marx tenían de la historia como «realización».

Ahora bien, parece que ya el joven Mussolini dio algunos pasos a tientas en dirección hacia esa meta ideal. El 6 de septiembre de 1913, y bajo el título de «Cómo destruir a los dioses romanos», hizo una reseña en el semanario *Avanti* del libro de Franz Cumont acerca de las religiones orientales en relación con el paganismo romano.²²⁶ Concluía dicha reseña con las siguientes palabras:

«Con este libro claro, breve y a modo de síntesis (...) Cumont nos presenta el proceso espiritual más grande de nuestra historia como algo vivo. Ahora conocemos el mal por el que perecieron los dioses de la antigua Roma. (...) En todas las páginas de la obra de Cumont se siente o se presiente la llegada de Cristo. Los sacerdotes Osiris, Kybele o Mithras sólo son sus precursores; los esclavos pululantes del mundo romano, que aceptan de un modo entusiasta las religiones orientales y que preparan precisamente esa 'transmutación de todos los valores', transmutación que fue vista por Nietzsche como el peor destino que podía tocarle al espíritu humano».

También el marxista puede luchar contra la cristiandad; pero ahora bien, nunca puede tomarla sin más por un «mal». Mussolini está lejos de dejarse llevar por la inflexibilidad de la alternativa que se presenta ante sus ojos. Él se refiere a Nietzsche y a Cumont empleando palabras aprobatorias; pero, al mismo tiempo, festeja las etapas iniciales del «levantamiento de los esclavos» en algunos de sus discursos más entusiastas.²²⁷ No desfila de manera tan rígida ni incansablemente por las amplias calles iluminadas, tal y como hacen sus acompañantes; de vez en cuando él se aventura por otros senderos que aún no han sido pisados y que están perdidos en la oscuridad; pero siempre acaba regresando pronto a esas calles, y lo hace siempre poniéndose en cabeza. Si se hubiera encaminado hacia alguna meta más oculta, entonces se habría olvidado de esas escapadas furtivas, o al menos se hubiera reído de ellas de muy buena gana.

Traducción de Yolanda García Hernández
y Montserrat Ruiz Agustín.

²²⁶ V, 278-283.

²²⁷ Ejemplos: III, 86-87; III, 297.